

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 4 rs.

NUM. 234.—SÁBADO 20 DE AGOSTO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

MISCELANEA.

—De un artículo sobre el ministerio de la Guerra de la Turquía tomamos los datos siguientes de los sueldos de algunas categorías militares. El Serasker (ministro de la Guerra) tiene mensualmente 100,000 piastras (otros tantos reales ve-Non poco mas ó menos), sin contar los taimis ó raciones, que son tan considerables, que las de carne solo importan diariamente de tres á cuatro bueyes. Además percibe el Feric (teniente general) 37,000 francos al año, el Liva (mariscal de campo) 27,000 francos, el Miralai (coronel) 8,250, el Bimbaschi (comandante) 4,025, mientras que las graduaciones subalternas estan mucho peor pagadas que en ningun otro ejército de Europa.

—Las noticias de los principados danubianos sobre la entrada del cuerpo ruso de ocupacion, hablan admiradas del buen aspecto de las tropas y del excelente y bonito material de guerra que llevan, haciendo sobre todo un elogio especial de los caballos. Las tropas parecian apenas cansadas á pesar del gran calor que hacia, y han tenido solo un número muy corto de rezagados. Toda la caballería tenia excelentes carabinas á piston. Sobre la cantidad de las tropas que han pasado el Pruth, son las opiniones muy diferentes; unos la ascienden á 80,000 y otros á 160,000 hombres.

—En Constantinopla ha sucedido durante el Beiram un caso sumamente significativo. El Scheik-ul-Islam se negó á hacer al sultan la visita prescrita por el ceremonial, siendo la única causa de ello el haber dejado de conducir el sultan á los creyentes á la guerra contra los infieles, que habian invadido el territorio sagrado del Islam. El Scheik-ul-Islam es el gran sacerdote, el jefe superior de la justicia, el intérprete del Coran, y es adorado por todos los musulmanes ortodoxos como la sombra del Todopoderoso. Esta negativa de rendir el homenaje prescrito al sultan es la primera que ha ocurrido desde que el turco ocupa el trono de los Césares. Los sentimientos mas vehementes del fanatismo, que por mucho tiempo han dormido, se han despertado ahora y se han desahogado ya en varias ocasiones contra los Rajahs.

—La escuadra egipcia que ha de aumentar las fuerzas militares de la Puerta Otomana, se ha dado el 18 de julio á la vela desde Alejandria para Constantinopla, y la acompañan once buques mercantes alquilados para el transporte de las tropas. Esta escuadra consta de once navios de guerra y de nueve mil quinientos hombres de tropa de desembarco, que forman la primera mitad del contingente egipcio. La otra mitad, compuesta de diez mil quinientos hombres, será trasladada á Constantinopla en dos vapores egipcios y en diferentes remesas. El general en jefe de las tropas egipcias es Menekli Ahmet Bajá.

—Por conductos fidedignos se sabe que los Estados-Unidos han ofrecido á la Puerta Otomana auxilios en dinero y tropas.

—De Constantinopla escriben que en ninguna parte del mundo se toma la palabra *enviado* tan al pié de la letra como aquí, donde se emprenden frecuentemente en medio de la noche los viajes con motivo de las conferencias y negociaciones secretas; pues los magnates turcos prefieren recibir de noche sus visitas secretas, porque así estan mas á cubierto contra los acechos de los espías. Puesto que tanto los embajadores como los ministros turcos viven durante los actuales meses de verano en diferentes puntos del Bósforo, entre Bujukdere y Constantinopla y á distancia de varias leguas, se ven en los dias muy ocupados á las barcas de gala igual á los delfines volar por las olas azules del estrecho. No debe ser uno de los servicios del estado mas agradables el tener que andar por el Bósforo durante el calor abrasador ó en la fresca de la noche casi peligrosa para los europeos, y al mismo tiempo tener que hacérselo con... turcos.

—En estos dias ha sufrido la feliz operacion de la catarata el célebre director de la Academia de Artes de Düsseldorf, Guillermo de Schadow, cuya enfermedad le tenia ciego ya siete años hizo igual operacion y con igual éxito en el padre, de tan célebre memoria, el director que fué de la Academia

de Artes de Berlin, ha devuelto tambien al hijo la vista. El médico es el consejero privado Jüngken.

—De los cuatro alambres de que se compone el cable telegráfico que pasa el mar del Norte desde Dover á Calais, tres estan ya completamente echados á perder é inútiles; de suerte que la correspondencia telegráfica entre Inglaterra y Francia está sostenida únicamente por el cuarto y último alambre. Tan luego como se inutilice tambien este, estará interrumpida toda la línea telegráfica hasta su nueva recomposicion, y se habrá perdido casi todo el capital empleado en ello.

—Desde el 10 de julio ha principiado á regir la nueva Cab-reforma (q. d. de los cabriolés ó droschkas) tanto tiempo esperada, y aun mas discutida por el público de Londres que la cuestion del Oriente. Su objeto principal es la rebaja de ocho pence á seis (de tres reales á dos y medio) por cada milla inglesa, prescindiendo de otras medidas severas que al mismo tiempo se han tomado contra el genio no muy agradable de los cocheros. Lord Palmerston ha zanjado por medio de su Cab-reforma las diferencias que hace años existian entre los Cabs y el público, puesto que le faltaba una distraccion extranjera y que solo tenia una parte muy indirecta en el erredo oriental. En una carta ulterior con fecha de 27 de julio se dice: Esta mañana han desaparecido de repente todos los

—En uno de los últimos números del *Mensajero de Odessa* se hace la siguiente interesante comunicacion. Actualmente vive en Londres un príncipe Comnenos, conocido como pretendiente al trono de Constantinopla, y que desciende en línea recta de los emperadores orientales que reinaron en Trebisonda hasta el año de 1562. El padre de este habia venido á Francia bajo el reinado de Luis XVI y servido después en el ejército del príncipe Condé. Mas tarde obtuvo de Napoleon y de los Borbones una pension de 4,000 francos, y murió en el año de 1821 y á los setenta y un años de vida siendo mariscal de campo del ejército francés.

—Las dos preciosas coronas que el legado Monseñor Pacca recibió de las mismas manos del papa para llevarlas á París á fin de coronar con ellas dos imágenes de la Virgen el 5 de julio, cuarto aniversario de la entrada de los franceses en Roma, han desaparecido. Pacca habia dejado en el camino las coronas sembradas de diamantes y habia adelantado su viaje á París fiándose demasiado de los empleados de la aduana que habian quedado en remitírselas. Se espera sin embargo que la policia francesa logre volver las á encontrar.

—A fin de poder rodear al nuevo palacio Napoleon, que se compone de las Tullerías unidas con el Louvre, en todas partes de edificios monumentales y de frentes que se hallen en armonía con el estilo del palacio, se ha decretado ya la demolicion de mas de doscientas casas en las inmediaciones del Louvre. De esta manera desaparecerán ó se ensancharán unas quince calles, y además se formará sobre las ruinas de estas una nueva plaza, llamada de la *Emperatriz*. El presupuesto de estas reformas asciende á 21,000,000 de francos.

AL CISNE DE PLATA.

CAPÍTULO XI.

Es de suponer que nuestros lectores no habrán olvidado á Miguel, al nuevo propietario del *Cisne de Plata*, al que tuvo que aprontar la cantidad que á Kellerman plugo exigirle por cederle la hostería; en una palabra, al que se jactaba de que conocia perfectamente al diablo familiar que habia enriquecido al ex-hostalero.

¿Le conocia en efecto? Todo hace creer que sí, en vista de los resultados que iremos viendo.

Volviendo ahora á nuestra historia, que ya tendremos tiempo en breve de hacernos cargo de Miguel, conviene tener presente que en vano sudaba el buen Gaspar gotas como puños para hacer que su gorro encarnado produjese monedas de plata; por mas que lo arrojaba por encima del hombro dere cho y del izquierdo, por mas que discurría otros medios de operar con aquella máquina tan productiva hasta entonces... nada; el gorro caia al suelo sin vibrar aquel sonido metálico que tanto halagaba los oidos del flamante baron, sin dar señales de vida, sin revelar una esperanza para lo futuro... en fin, caia como otro gorro cualquiera. En vano lo golpeó Gaspar en todos sentidos contra sus brazos, contra sus piernas, contra su cabeza, contra las paredes de su gabinete: tiempo perdido. La mina estaba agotada, el manantial seco.

¿Y el compromiso del segundo plazo encima!... ¿Y qué iba á ser de su fausto y de su necio orgullo? ¿Con qué ojos le mirarian pobre, arruinado, los que le habian despreciado opulento? ¿Cómo presentarse al público sin un ducado después de haber invertido, para satisfacer los caprichos de su vanidad, sumas fabulosas?

Preciso es convenir en que el castigo era terrible; pero no era menos urgente tomar una resolucion decisiva. La única que se presentó en tan apurado trance á la aturdida mollera del desesperado baron, fué avistarse con Gertrudis y declararle la infausta novedad que ocurría; pues al fin, aunque el divorcio entre ambos era negocio concluido, no podría menos, por su propio interés, de tomar parte activa en que no se diera un escandaloso estallido, que tanto la comprometeria á ella como á él.

Dirigióse pues cabizbajo al aposento de la baronesa, y al llegar á la puerta vió que salía de la habitacion un hombre, cuya fisonomía casi habia olvidado. Examinóle de piés á ca-



Doña Matilde Diez.

Cabs de las calles. Muchas de estas no estan ni la mitad tan animadas como antes; los señores mayores y las señoritas que no tienen coches propios se preguntan desesperados cómo han de ir decentemente al concierto y teatro. Es el caso que las grandes Cab-empresas disgustadas del Sixpence-bill del parlamento (sixpence es medio chilin ó sean dos y medio reales) han resuelto unánimamente retirarse, y parece que todos los demás carruajes de dos y cuatro ruedas sin excepciones han entrado en la misma conspiracion. Con fecha 30 de julio se dice: Acabóse la revolucion de los Caps; estos han cedido en algo, como tambien el gobierno, de suerte que esta mañana han vuelto á aparecer todos aquellos en sus respectivos sitios.

—Los ingresos en Inglaterra durante el año financiero que acaba el 5 de junio han importado 54,249,141 libras esterlinas, y los gastos 50,680,516, y el sobrante pues 3,568,625. Ya desde algunos años pueden los presupuestos de Inglaterra presentar estos resultados tan favorables.

beza; y por último, repasando bien su memoria, vino á caer en la cuenta de que era Miguel.

—¿Qué negocios te traen por acá, perillan? le dijo con una fingida amabilidad, que solo servía para ocultar su turbación.

—Ya he hablado con la señora baronesa, le respondió Miguel saludándole humildemente. Es asunto que podríamos arreglar muy bien, porque... al fin y al cabo... debemos mirar por nuestros hijos, que ya van creciendo demasiado.

—No te entiendo.

—¡Eh! Se trata de que yo quisiera casar á mi Jorge con vuestra jóven Gertrudis...

—¿Con mi hija!

—Pues... he hecho algunos ahorritos en *El Cisne de Plata*... ¿Sabeis que es una hostería productiva?

—Pero mi hija es noble. ¿Has olvidado que soy barón?

—¡Bah! Ya nos conocemos. ¿Quién me impedirá á mí ser duque?

—¿Tú!

—Yo...

—Vete de aquí, miserable, plebeyo, villano...

—¡Oh! No hay que tomarlo por tan alto. Si el señor barón no aprueba mi proyecto, marquesas habrá en el mundo para mi Jorge. ¿Creeis por ventura que no hay mas gorro que el vuestro?

Estas últimas palabras dieron al traste con toda la fiera de Gaspar. ¿Quién había descubierto el secreto de su gorro? ¿Por qué circunstancias fatales había llegado aquel secreto al conocimiento de Miguel? Se acordó de su proyectado divorcio, de la tranquilidad de su muger, de su cólera, revelada por el tremendo bofetón que de su mano había recibido, y dedujo lógicamente que ella había divulgado el misterioso origen de su opulencia, y que tal vez se debía á esta publicidad el cruel abandono y el compromiso con que el gorro, incomodado sin duda, los castigaba, negándose á producir mas plata. Pasóse la mano por la frente, y observando que Miguel se sonreía maliciosamente, le dijo:

—Eres un insolente; pero te perdono en gracia de tu franqueza. Dime ahora qué es lo que significa eso del gorro que has hablado, y qué tiene que ver con la proposición que me has hecho.

—Pues señor, contestó Miguel, ¿quereis que hablemos claros?

—Sí.

—Corriente. ¿Cuánto podeis sacar diariamente de vuestro gorro?

—¿De cuál!

—¿Tá! ¿Tá! De ese que llevais puesto.

—¿Yo!

—¿Vos!

—¿De esta prenda inútil que me propongo reemplazar con otra! Estás loco, Miguel. ¿Quieres cambiar mi gorro por el tuyo?

—¿Por este?... ¡Oh! No... no... En efecto, el vuestro, aunque encarnado, está ya viejo, y el mio, aunque verde, parece nuevecito. Pero en fin, así como así, ¿cuánto os produce al día?

—Ya te he dicho que has perdido el juicio. ¿Por ventura el tuyo te da dinero?

—¡Bah!... ¿Quién se acuerda de eso? Solo que... como yo trato de colocar á mi Jorge y he puesto los ojos en la señorita Gertrudis, me propongo averiguar la suma que esta puede llevar en dote.

—Debo decirte, Miguel, que has echado la cuenta sin la huésped: aquí donde me ves, estoy á punto de anular mi primer matrimonio y de contraer otro nuevo con la señorita Otilia, hija del conde cuyas haciendas compré y que hoy es mi mejor amigo. Las diligencias, como puedes suponer, me cuestan un verdadero caudal, y á esto hay que agregar la partición que tengo que hacer con mi primera muger, los regalos de boda para la segunda y para toda su familia, así como el pago del segundo plazo de la compra de mis estados, que ha cumplido ya. Por aquí puedes conocer que no estoy para oír proposiciones sobre nuevos negocios hasta que arregle todas esas cuentas, y solo en el caso de que la boda que me propones me trajese considerables ventajas...

—¿Quién sabe! repuso Miguel; y luego murmuró entre dientes: El hombre está apurado, pero ¿cómo diablos es eso?... ¿Y el gorro?

—Vamos pues, repuso el barón: explícate de una vez. ¿Cuánto puedes dar á tu hijo? ¿Por ventura los ahorritos de la hostería? Si es así, guárdatelos, porque todos ellos no me bastan para almorzar un día en compañía de mi amigo el conde.

—Efectivamente; nada mas que los ahorritos del *Cisne de Plata*, que, como he dicho antes, es una finca productiva.

—Ahora lo será, porque en mi tiempo...

—¡Oh! También lo fué entonces. ¿No fué en ella donde encontrásteis el gorro?

—¿Y qué, maldecido! gritó Gaspar sin poder contenerse, ¿has encontrado tú otro?

—Este, respondió Miguel, señalando el que cubría su cabeza.

Un rayo de luz iluminó al barón, que exclamó fuera de sí: —El gorro verde! ¡El primero que llegó á mis manos!

¡El que dejó en pago el apuesto caballero que llegó sin criados al *Cisne de Plata*! ¡El que quedó despreciado por inútil en un armario!... Pero si nada producía... Si Gertrudis y yo le dimos mil vueltas y lo arrojamos en todas direcciones, sin conseguir de él un solo escudo... Miguel, Miguel, dime la verdad. ¿Cómo haces dinero con ese gorro?

—Confianza por confianza. Mostradme primero cómo lo haceis con el vuestro.

—¿Y me enterarás después de tu secreto?

—Lo juro á fé de hombre de bien.

El barón echó mano á su gorro; mas ¡ay! se acordó al punto de su esterilidad, de su rebeldía, de que en vano se había afanado en trabajar aquel día horas y horas... El resultado de todo fué que el buen Gaspar se arrancó las barbas, se dió veinte puñadas en la cabeza, juró, pateó, maldijo los gorros encarnados y los verdes, y no pudiendo soportar el peso de tantas y tan terribles emociones, perdió los sentidos y dió con su cuerpo en tierra.

Miguel creyó que el barón tenía el diablo en el cuerpo, y

echó á correr, sin detenerse hasta el *Cisne de Plata*; por lo que pudiera suceder, y obrando como hombre prudente, se quitó el gorro verde y lo ocultó con el mayor cuidado.

El barón, á quien Gertrudis y sus criados levantaron del suelo, tuvo tres días de calentura con espantosos delirios.

—El gorro verde! gritaba... aquel es el verdadero gorro... produce perlas y diamantes... el encarnado... afuera el encarnado... no quiero verlo... que lo quemem... Picara Gertrudis... ven, ven para que te arranque la lengua... Esa, esa me ha vendido, me ha deshonrado, me ha... Otilia, Otilia, arrástrala por el suelo... haz que coma en platos de madera las sobras de nuestro magnífico festin de boda... Miguel... que traigan á Miguel... que me traigan el gorro verde... ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Cuántas piedras preciosas! ¡Qué tesoros! ¡Qué felicidad!

A beneficio de copiosas sangrías, que le dejaron este-nuado, recobró al fin el conocimiento, á pesar de que toda la familia del conde hizo todo cuanto pudo para que muriese, á fuerza de recordarle que debía otorgar su testamento, como si la imaginación del barón estuviera para semejantes fiestas. Otro hombre hubiera sucumbido; pero Gaspar tenía una naturaleza de hierro, aunque debemos declarar, á fuer de imparciales, que la baronesa le cuidó con un esmero que ciertamente no merecía su ingrato esposo. A los ocho días pudo este levantarse, y entonces fué cuando conoció de todo punto que se hallaba arruinado. En efecto, Gertrudis, que había hecho alarde de mostrarse generosa durante su enfermedad, se propuso, desde que le vió fuera de peligro, castigar su avaricia, conservando para sí el gorro verdadero, que le había quitado, y dejándole que se gobernara como mejor pudiera.

Gaspar pues se encontró en su magnífico palacio sin un escudo para hacer frente á sus obligaciones, con una nueva carta apremiante del escribano, en la que este le declaraba que procedería desde luego al embargo de sus bienes, si no pagaba en el término de veinticuatro horas el plazo que debía por la compra de los mismos; y por último, con la diabólica risita de Gertrudis, que le dijo:

—¿Por qué te apuras? Ya has recobrado las fuerzas y puedes trabajar. Vamos, enciérrate con tu gorro; y á la obra.

—¡Muger ó demonio! gritó el barón. El gorro vale hoy tanto como el pellejo arrugado de la vieja condesa: hace ocho días que estuve á pique de echar el alma por la boca para hacer dinero, y... nada; el gorro se hizo el sordo: há una hora que he repetido la operación... lo mismo; el talisman ha perdido enteramente su virtud.

—¿Qué me cuentas! ¡infelices de nosotros con tanto como tenemos que pagar!... ¡Ah! Me ocurre una idea: pide al conde que te preste lo que te ha ganado al juego.

—El conde es un ladrón, la condesa un colgajo de horca, y Otilia y Federica dos aprendizas de brujas.

—¿Y vuestra amistad? ¿Y el proyectado matrimonio?

—¡Ah Gertrudis! El cielo me ha abierto los ojos: durante mi enfermedad me ha abandonado toda esa familia de vampiros, y segun me ha informado el médico, lo único que querían era que otorgase testamento á su favor. ¡Como si yo no tuviera hijos! Mira, muger, esa gente es mala, porque estaba pronta á vender su nobleza por dinero; conoce el conde mi origen, plebeyo y aun bajo, y sin embargo está pronto á darme su hija, porque me cree rico. ¡Ah! Te digo que mi enfermedad ha sido un beneficio de la Providencia.

—Gaspar, ¿estás de veras arrepentido? le preguntó Gertrudis enternecida.

—Y te pido perdón por lo mucho que te he hecho sufrir, contestó Gaspar arrojándose á sus piés.

—Basta; estoy satisfecha y todo se remediará.

—Sí; echaremos de aquí á esos voraces lobos... ¡Echarlos! Pronto tendremos que salir nosotros, porque el escribano... el embargo...

—Nada temas; descansa tranquilamente esta noche, que mañana amanecerá Dios y medrar hemos. Yo respondo de todo.

—¡Ah! Ahora recuerdo que Miguel, el actual propietario del *Cisne de Plata* me pidió á nuestra Gertrudis para su hijo. ¿Qué dices á eso?

—¿Qué dices tú?

—Que le recibí mal, y lo siento: iré á verle, y si no se ha vuelto atrás, arreglaremos esa boda.

—Bien, Gaspar, bien; así me gusta: cada oveja con su pareja.

—Además, tengo mis recelos... ¿Te acuerdas del gorro verde?

—No.

—¿Aquel que nos dejó el apuesto galán en el *Cisne de Plata*?

—¡Ah! Sí.

—Pues bien; se me figura que encierra otro tesoro, y si es así, Miguel lo posee.

—¿Cómo! Si hicimos mil pruebas infructuosas...

—No importa: te digo que algo hay... ¡Ah! ¿Has descubierto tú á Miguel el secreto de nuestro gorro encarnado?

—Buena pregunta por cierto! ¿Crees que soy tan imbécil?

—Imaginaba que para vengarte...

—Ya me vengaba yo de otro modo mas seguro.

—¿De qué manera?

—Mañana lo sabrás. ¿Que te dijo Miguel?

—Me preguntó cuánto producía diariamente mi gorro.

—Lo cual indica que el suyo produce.

—Eso mismo digo yo.

—Bien; no necesito saber mas. Si tú quieres, mañana volveremos á ser felices.

—¡Ah Gertrudis! Me vuelves á la vida: dispon todo cuanto quieras, todo... manda... ¿Qué debo hacer?

—Lo primero, acostarte y dormir bien.

—Obedeció el barón: la baronesa le apagó la luz, y se retiró á su aposento.

(Continuará.)

CAROLINA.

(Conclusion.)

—¡Silencio! dijo aquel hombre, poniendo un dedo en la boca, y quitándose el sombrero que le ocultaba la mitad del rostro.

—¡Él es! ¡Es papá! ¡El cielo me ha oído! exclamó Carolina saltando de alegría y precipitándose al cuello de su padre.

—Era en efecto M. Derviley.

Después de los primeros instantes consagrados á las caricias de su esposa y de su hija, preguntó si había ido alguna persona á buscarle.

—Nadie ha venido, le respondió la señora Derviley.

—Lo habrán dejado para mañana... Gracias á Dios que he llegado á tiempo.

—¿Qué quieres decir, amigo mio?

—Todo la sabrás, aunque mi traje ha debido inspirarte ya algunas sospechas. Tal vez habrás oído...

—¿Los gritos de los vendedores de hojas volantes? ¡Ah! Sí, sí, amigo mio.

—Ya conoces, Amelia, el peligro que me amenaza; pero no te asustes, porque mi salvación es casi segura, pues confío en el cielo, que desde ayer no ha cesado de favorecerme. Sorprendido en una reunion, tuve la suerte de poder huir con algunos amigos; pero cogieron una lista, en la cual figura mi nombre con pormenores que no dejan la menor duda acerca de mi complicidad. Con todo, á pesar de este desfraz, he dado hoy algunos pasos importantes, y preparado mi fuga, que se verificará esta misma noche. Temia que hubiesen venido á registrar mis papeles; pero como no contenía la lista las señas de esta casa, no se presentarán hasta mañana y puedo romper documentos que, agravando mi situación, revelarían á los tribunales ciertos nombres que deben ignorar. Esperanza pues, querida Amelia: esta noche partiré con tres amigos en una silla de postas que nos espera á dos leguas de aquí: estamos provistos de pasaportes, y dentro de dos días pasaremos la frontera; entonces te escribiré, é ireis las dos á reuniros conmigo, á consolarme y á sostener mi valor, porque tendremos necesidad de crearos una existencia nueva.

—Sí, sí, papá, dijo Carolina, estrechando contra sus labios la mano de M. Derviley, volaremos á tu lado, y no volverás á hacer conspiraciones; ¿no es verdad? Eso enlristece mucho á mamá y quisiera que hubieras visto nuestra aflicción esta noche, para que dejaras esa tarea tan espuesta...

M. Derviley no pudo menos de reirse, y dió un beso á su hija.

—Amigo mio, dijo la señora Derviley, ¿tienes dinero?

—Confieso que mi bolsillo no pesa mucho, pero tengo pocas necesidades: mis compañeros de viaje son ricos, y espero en que el cielo no me abandonará.

—¿Y has de marchar así á país extranjero? No consentiré en ello. Voy ahora mismo á casa de mi padre y no volveré sin la cantidad necesaria para tranquilizarme.

—¿A casa de tu padre! ¡Y á estas horas!

—No trates de detenerme, porque no lo conseguirás.

—Pues bien, generosa Amelia, obra como mejor te parezca.

—Entre tanto examina tus papeles y destruye todo cuanto pueda comprometerte: para que nada te distraiga, voy á acostar á Carolina.

Pero esta se abrazó á su padre diciendo:

—¿Acostarme, cuando papá va á ausentarse de nosotras? ¡Ah! Déjame que permanezca á su lado, que no me separe de él hasta el último instante, para que pueda darle el beso de despedida.

—Es preciso que consideres el peligro que amenaza á papá, si llega á sospecharse que está aquí: no conocemos á todos nuestros vecinos, y bastará el mas leve ruido para que se despierte su curiosidad.

—Nada temas, mamá, repuso Carolina con resolución, pues no desplegaré los labios; lo único que deseo es acompañarle mientras esté aquí; no es cierto, papá, que yo no te incomodaré? Dí á mamá que será prudente y discreta.

¿Quién podía resistir á su infantil elocuencia? La señora Derviley salió, y Carolina se quedó con su padre.

Este pasó á su gabinete y empezó á registrar los papeles que tenía guardados: Carolina, fiel á su promesa, se sentó en un sillón, enfrente de M. Derviley, inmóvil, sin pronunciar una palabra, por temor de distraerle, aunque mirándole fijamente, para gozar de toda la felicidad filial posible, ya que tan pronto iba á perderla.

M. Derviley iba quemando uno á uno con la bujía todos los papeles importantes; pero este procedimiento pedia mucho tiempo, y se impacientaba al considerar los legajos que le era preciso examinar. Aquel movimiento no se ocultó á Carolina.

—Papá, le dijo á media voz, yo tengo otro medio mejor.

—¿Cuál es?

—Cuando encuentres un papel que quieras destruir, entrégamelo: yo los llevaré todos á la chimenea de mamá y haré lo que tú; los iré quemando uno á uno.

—Tienes razon, hija mia, y voy á seguir tu consejo.

Carolina iba desde el gabinete de su padre hasta la habitación de su madre cargada de papeles, y desempeñaba su comision con escrupulosa exactitud, mientras M. Derviley, con mas desahogo, examinaba detenidamente todos los documentos que le llegaban á las manos.

En un legajo había varias cartas de su muger; abrió una de ellas casualmente, y después de haber recobrado las primeras líneas, no pudo resistir al deseo de leerla hasta el fin.

La señora Derviley le había escrito aquella carta en una época en que él combatía, lleno de esperanza y de porvenir, en las filas victoriosas del ejército francés; en ella le anunciaba la realización de sus mas dulces sueños y el nacimiento de Carolina, que era todo su embeleso. M. Derviley se detuvo enajenado á contemplar y á repetir aquellas frases impregnadas de amor y de dicha, cuando el ruido semejante al que produce la caída de un cuerpo, destruyó su encanto recordándole su situación. Admirado de no ver en el gabinete á Carolina, la llama en voz baja; mas ella no responde: tal vez no le ha oído; pero gritar mas era cometer una imprudencia. Levántase y distingue un resplandor extraordinario; un sinies-tro presentimiento se apodera de su corazón... vuela á la estancia de su esposa... ¡qué espectáculo se presenta á su vista! Carolina tendida en el suelo era presa de las llamas que la devoraban...

El desgraciado padre se arroja sobre su hija, la levanta, la envuelve en una colcha que arranca de la cama, y consigue apagar el fuego. Pero ya es demasiado tarde; el cuerpo de la pobre Carolina aparece convertido en una horrible lla-ga: solo

2009 Ministerio de Cultura

se ha librado de las llamas su cabeza, y su rostro angelical presenta señas visibles de resignacion, mas bien que contracciones de dolor. M. Dervilley desesperado prorrumpe en gritos y sollozos; al oír sus desgarradores sollozos, abre Carolina los ojos, y su boca deja escapar estas palabras:

—Calla, papá, porque si te oyen, vendrán á prenderte. El viento, encanionado en la chimenea, habia arrojado sobre el vestido de Carolina un papel encendido; el fuego se propagó á todo su trage, y ella quiso apagarlo y luchar contra tan formidable enemigo, á fin de no alarmar á M. Dervilley, hasta que, medio consumida, cayó moribunda. Dominada no obstante hasta el último momento por una sola idea, la salvacion de su padre, habia sufrido aquella horrible tortura sin exhalar un grito, ni una queja, ni un gemido.

Cuando volvió la señora Dervilley, encontró á su marido cantando y con el cadáver de Carolina en sus brazos... Estaba loco.

El tribunal del prebostazgo tuvo un conspirador menos á quien juzgar.

Ocho dias despues de tan triste suceso, una misma losa sepulcral cubria tres féretros: eran el de M. Dervilley, el de Amelia y el de Carolina.

Dios habia atendido á sus ruegos otorgándoles lo que tanto habian deseado; reunirse para siempre.

SMARRA

6

LOS DUENDES DE LA NOCHE.

(Continuacion.)

Mientras procuraba yo con todas mis fuerzas desechar el terror que me anonadaba y apartar de mi pecho alguna maldicion del cielo, exclamé Meroe:

—Miserable! Recibe el castigo que merece tu insolente curiosidad. Te has atrevido á violar los encantos del Sueño... Hablas, gritas y ves... Pues bien: desde hoy solo hablarás para quejarte, solo gritarás para implorar en vano misericordia, y solo verás escenas de horror que helarán tu sangre.

Hablando así con acento mas desgarrador y estridente que el chillido de la herida hiena que amenaza al cazador, sacó de su dedo la brillante turquesa que lo adornaba y cuyos colores deslumbraban la vista como los del arco iris; apretó un resorte oculto que levantó la piedra, y descubrió en el estuche de oro que la servia de cama un monstruo sin color y sin forma, que saltó rugiendo y fué á refugiarse al seno de la hechicera.

—Ya estás aquí, exclamó esta, mi querido Smarra, único favorito de mis pensamientos, desesperacion del hombre y encanto de las hijas de la noche. Vete, pues te lo mando, espíritu adulator y terrible; atormenta á la victima que te he entregado, y ofrécele suplicios tan crueles como los del infierno que te ha concebido, y tan intensos é implacables como mi cólera. Deléitate en las angustias de su corazon palpitante; cuenta los convulsivos latidos de su pulso, que ora se precipita y ora se detiene; contempla su dolorosa agonía, y suspéndela para comenzarla de nuevo. Solo á este precio, oh fiel esclavo del amor, podrás, despues que huyan los sueños, volver al lado de tu amada y estrechar en tus brazos á la reina de los terrores nocturnos.

Dice, y el monstruo salta de su mano abrasadora, hiende los aires con la rapidez de un relámpago, estienda sus alas estrañamente festoneadas, sube, baja, se aumenta, se encorve, y semejante al deforme enano, cuyas manos aparecen armadas de uñas de metal mas finas que el acero, que penetran en la carne sin desgarrarla, y que beben la sangre, como si poseyeran la insidiosa trompa de las sanguijuelas, se aferra rabioso contra mi corazon, levanta su enorme cabeza y se rie. En vano buscan mis miradas en el espacio un objeto que las tranquilice: todos los duendes de la noche sirven de escolta al horrible duende ó demonio de la turquesa: mugeres espantosas de ébrios rostros, serpientes de fuego y de color de violeta, avechuchos inmundos, insectos asquerosos, cabezas separadas de sus cuerpos, nadando en lagos de sangre y clavando en mi sus horribles ojos... ¡Oh! ¡Qué tremendo martirio para tu amigo Polemon!

Desde esa noche funesta, oh Lucio, no ha habido noches tranquilas para mí. Los duendes de la noche todo lo invaden, y no bien mis párpados, cansados de luchar contra el temible sueño, se cierran rindiéndose al cansancio, cuando se presenta el formidable escuadrón, como cuando le ví salir, con Smarra á su frente, del anillo mágico de Méroe. Dan vueltas á mi alrededor, me aturden con sus alaridos, me fatigan con sus carcajadas y corrompen mis labios temblorosos con sus caricias de harpías. Méroe les guia y cabalga sobre ellos sacudiendo su larga cabellera... Ayer mismo... eran sus formas y sus facciones; sus ojos fijos y cóncavos estaban llenos de sangre; lágrimas de sangre surcaban sus mejillas, y su mano, estendida y descarnada, imprimia en el espacio una marca de sangre.

—Ven, me dijo, ven á visitar el imperio que doy á mi espeso, porque quiero mostrarte todos los dominios del terror y de la desesperacion.

Alejóse, al decir esto, de la tierra... el camino que atravesábamos era espantoso... Figúrate la mansion fúnebre, en que las brujas amontonan los restos de las inocentes victimas de sus sacrificios... ¡Ah! entre esos restos no hay uno solo que no conserve su voz, sus gemidos y su llanto... Figúrate unos muros animados, que se estrechan por todas partes ante tus pasos, y que poco á poco sujetan tus miembros... El pecho oprimido se levanta, se estremece, hace esfuerzos para aspirar el aire de la vida entre el polvo de las ruinas, el humo de las antorchas mortuorias, la humedad de las cataumbas y el hedor pestífero de los muertos: al mismo tiempo llegan los monstruos chillando con todas sus fuerzas:—Ya no respirarás...

Después de haber recorrido una distancia que á ninguna otra puede compararse el idioma del hombre, vi salir por un respiradero, tan alejado de nosotros como la última de las estrellas, varios reflejos de suspirada claridad. Méroe, llena de esperanza, voló á su encuentro; yo la seguí arrastrado por

un poder irresistible: además, el camino que habiamos dejado, borrado como la nada, acababa de cerrarse detrás de mí. A poco rato me encontré de nuevo envuelto en densísimas tinieblas y rodeado por todas las infernales brujas de la Tesalia. El torbellino de sus carreras me causaba vértigos, y sin embargo corria desalado, sin poder fijar los piés en parte alguna. Por fin llegamos. ¿Adonde? No lo sé: los sepulcros estaban abiertos; los cadáveres bailaban envueltos en sus blancos sudarios; los monstruos devoraban victimas sin cuento y... ¡que horror! me obligaban á asociarme á su execrable festin...

Al pronunciar estas palabras, se incorporó Polemon en su lecho, pálido, con los cabellos erizados y la mirada fija y terrible: nos llamó con un acento que nada tenia de humano... Pero resonó el harpa de Mirta; los monstruos huyeron de la imaginacion de mi amigo... Polemon se durmió tranquilamente mecido por los encantos del instrumento de la doncella de Tesalia.

(Continuará.)

EL COCHERO DE CABRIOLÉ.

(Continuacion.)

Los truhanes de la barraca en que se prodigan auxilios á los ahogados, oyeron mis voces y se apresuraron á socorrernos: al punto nos abordaron, é inmediatamente quedaron amarradas las dos embarcaciones. Cinco minutos despues, mi amo y la jóven se hallaban completamente salados, como dos arenques.

Preguntaron si yo estaba ahogado, y contesté que no, pero que se me tratase como tal, dándome una razonable copa de aguardiente para calentarme el corazon.

Mi amo fué el primero que abrió los ojos y se arrojó á mis brazos... Yo sollozaba, reía, lloraba... ¡Dios mio! ¡Qué animal tan raro es el hombre!

Al ver á su lado á la jóven, exclamó:

—Mil francos para vosotros, con tal que la salveis... y tú Cantillon, amigo mio, á quien debo la vida (por supuesto que yo proseguia llorando) acerca el cabriolé.

Ya se entiende que yo correria como un gamo tropezando y cayendo... Llego al sitio en que habia dejado el vehiculo... Que si quieres!.. Ni cabriolé ni caballo. Al dia siguiente nos devolvió la policia las dos prendas, de las cuales se habia servido un aficionado á gangas para sus correrias nocturnas.

Volví al lado de mi amo y le dije:

—El carruaje viaja por su propia cuenta.—Pues bien, me contesta, busca un fiacre.—¿Y la jóven?—Ya ha movido la punta de un pié.

Llevé un fiacre y ví que la jóven habia recobrado el conocimiento, aunque no hablaba: entonces dije al cochero.—Calle del Bac, número 31, y á escape.

Antes de salir del puente volvió la jóven á perder el sentido, y mi amo hizo que me apease para avisar á su médico: cuando volví con él, encontré á la señorita Maria... ¿Os he dicho que se llamaba Maria?

—No.

—Ese era su nombre de pila. La encontré, como digo, acostada, y á su lado una enfermera. No podeis figuraros cuán hermosa estaba con su rostro pálido, con los ojos cerrados y las manos en cruz sobre el pecho: la infeliz estaba en una situacion...

—Por eso se arrojó al rio...

—Eso mismo dijo mi amo al médico, cuando este le anunció el estado de la jóven, que nosotros no habiamos sospechado. El médico la hizo oler un frasco, con cuyo auxilio recobró los sentidos: al punto empezó á examinar todos los objetos que la rodeaban, y dijo:—Esto es muy extraño! ¿Dónde estoy? no conozco esta habitacion.—Lo creo, la contesté sonriéndome, por la sencilla razon de que hasta hoy no habeis entrado en ella.—Calla, Cantillon, repuso mi amo, y luego añadió:—Tranquilízase, señorita, pues os curaré con el cariño y el respeto de un hermano: en cuanto se os pueda conducir á vuestra casa, me apresuraré á cumplir este deber.—¿Pues qué! ¿Estoy enferma? preguntó admirada; hasta que al fin, coordinando sus ideas, exclamó:—¡Ah! Sí, sí; de todo me acuerdo: he querido... ¿Sois vos quien me ha salvado? ¡Ah! Si supierais el funesto servicio que me habeis prestado! ¡Qué porvenir de tormentos me presenta vuestra generosidad!

Yo escuchaba sus palabras frotándome la punta de la nariz, y por eso no perdí una sílaba de ellas: mi amo la consolaba del mejor modo que le era posible, pero á todo respondia:—¡Ah! ¡Si supierais!—Parece que M. Eugenio se fastidió con tantas quejas, pues se acercó á la enferma y la dijo:—Lo sé todo.—¡Vos! contestó ella.—Sí: amais y os veis abandonada... os han hecho traicion...—Sí, sí; una vil traicion... me han abandonado cruelmente.—Pues bien; confiadme vuestros pasares, pues no me induce á saberlo la curiosidad, sino el deseo de seros útil: creo que no debeis mirarme como á un extraño.—¡Oh! no; porque el hombre que espone su vida por salvar la de su semejante debe abrigar un corazon generoso. Estoy segura de que no habeis abandonado á una pobre muger, esponiéndola al oprobio ó á la muerte. Sí; voy á referiros... Mas permitid que escriba á mi padre, á quien dejé una carta, dándole cuenta de la resolucion que habia tomado de quitarme la vida. Estoy segura de que no os opondreis á que venga á verme. ¡Ah! Con tal que, en medio de su dolor, no haya cometido algun acto de desesperacion... Necesito llorar en su seno, porque eso me aliviará tanto...—Escribid, escribid, la dijo mi amo, acercándole papel y el tintero. ¿Quién se atreveria á retardar un instante la reunion de un padre y de una hija, que han creído separarse para siempre? Os ruego que escribais sin perder momento. ¡Oh! ¡Cuánto debe sufrir vuestro desgraciado padre!

La señora Maria, después de haber llenado una cara, preguntó las señas de la casa en que se hallaba:—Calle del Bac, número 31, contesté sin vacilar.—¡Calle del Bac... número 31! repitió ella con asombro y dejando caer la pluma y el tintero. ¡Ah! Tal vez me ha conducido la Providencia á esta casa...

Mi amo no sabia qué pensar.—Comprendo vuestra admiracion, le dijo la señorita Maria; pero no tardareis en conocer que es muy natural el efecto que en mí han producido las

señas de esta casa.—Al mismo tiempo le entregó la carta para su padre.

Cantillon, lleva esta carta.—ECHO una ojeada al sobre y respondo:—Hay una buena tirada.—No importa; toma un cabriolé, y componte de modo que estés aquí dentro de media hora.

Vuelo á la calle, pasa un cabriolé, y grito al cochero:—Cien sueldos por ir á la calle de san Victor y volver aquí.

De vez en cuando me convidaría una carrera como aquella. Nos detenemos delante de una casa y llamo á la puerta: la portera abre refunfuñando.—Bien; refunfuña cuanto quieras.—¿Está M. Dumont?—¡Ah, Dios del cielo! ¿Traeis noticia de su hija?—Y noticias buenas.—Piso quinto, al fin de la escalera. Me encaramo como un gamo, y veo una puerta entreabierta; miro hacia adentro, y diviso á un anciano militar, llorando en silencio, besando una carta y cargando dos pistolas. Entonces murmuro entre dientes:—Este debe ser el padre.

Empujo la puerta y digo:—Vengo de parte de la señorita Maria, y me voy.

El anciano vuelve la cabeza, y pálido como un muerto exclama:—¡Mi hija!—Sí; la señorita Maria. ¿Sois M. Dumont, capitán de caballeria del Imperio?—Mi hombre movió afirmativamente la cabeza.—Pues tomad esta carta.—Hízolo así temblando, y no bien la hubo recorrido con la vista, cuando exclamó:—¡Vive y tu amo la ha salvado! Llévame á su lado al instante... Toma, toma, amigo mio.

Metió las manos en un cajon, y sacando unas cuantas monedas de cinco francos, me las introdujo en el bolsillo. Las recibí por no humillarle; pero examiné el aposento y dije para mi capote:—Vamos; aqui nada sobra.—Hice una pirueta, deslicé las monedas detrás de un busto de Napoleon y dije:—Muchas gracias, capitán.—¿Estás pronto?—Os espero.

Ya estabamos en el cabriolé.—Sin indiscrecion, capitán, ¿qué queriais hacer con las pistolas que estabais cargando?

Respondíome frunciendo las cejas:—Una de ellas era para un miserable á quien nunca perdonaré: la otra para mí.—En tal caso, repuse, me alegro haber llegado á tiempo.—¡Oh! Todavía no está todo concluido; pero cuéntame de qué modo tu excelente amo ha salvado á mi pobre Maria.

Le referí el caso, y él lloraba como una criatura.—¡Ah! exclamó de pronto. El nombre, el nombre de tu amo, para que yo le bendiga y pida al cielo por él... ¿Y el médico? ¿Qué es lo que dice? ¿No hay peligro?

Llegamos por fin á fuerza de correr, y el capitán me dijo:—Ayúdame, amigo mio, porque me faltan las fuerzas.

¡Pobre hombre! Parecia un cadáver. Se cogió de mi brazo, y su corazon palpitaba con fuerza.—¡Y si la encuentro muerta! murmuró de pronto.

Al mismo tiempo se abrió la puerta de la habitacion, y oimos una voz que gritaba:—¡Padre mio! ¡Padre mio!—¡Es ella! dijo el capitán. Y el anciano, que temblaba poco antes, se lanzó como un jóven, entró en el cuarto sin saludar á nadie, y cayó sobre el lecho de la jóven exclamando:—¡Maria! ¡Mi pobre Maria! ¡Hija mia!

Cuando yo entré, era aquello una desolacion. El padre besaba el rostro de su hija con sus blancos bigotes: la enfermera lloraba, Mr. Eugenio lloraba, y yo... yo tambien lloraba.

Mi amo nos dijo á la enfermera y á mí:—Es preciso que se queden solos.

Salimos los tres, y en seguida añadió acercándose á mí oído:—Ten cuidado cuando llegue Alfredo de Linar, y suplícale que entre á hablar conmigo.

Púseme de vigilante en la escalera, y un cuarto de hora después subia Mr. Alfredo, á quien dije cortésmente:

—Mi amo desea deciros dos palabras.

(Concluirá.)

ALEJANDRO DUMAS.

DOÑA MATILDE DIEZ.

El retrato de la distinguida actriz que presentamos en este número, es un recuerdo que consagramos á la que por tantos años ha sido llamada la perla de nuestro teatro, y que después de largos padecimientos se halla próxima á abandonar nuestro suelo para ser saludada en la capital de la principal de nuestras posesiones de América, con aplausos tan unánimes y tan legítimos como los que la ha prodigado la capital de España por espacio de muchos años. Que el viaje de Matilde Diez sea tan feliz como le deseamos: por lo que hace á la acogida que la espera de la alta sociedad de la Habana, estamos seguros de que no cederá en nada al entusiasmo con que Madrid la ha visto siempre aparecer en la escena.

EL ROBO DEL RETRATO.

(Conclusion.)

Al ver abrirse los grandes ojos azules que habia adivinado, Julio bendijo la tierna solicitud del gobierno que no reparaba las carreteras, y al mismo tiempo lanzó á la vecina una mirada cazarra descubriéndose bruscamente. Aquella mirada, escitando en la dormilona un grito, ó un impulso de sorpresa ó de espanto, debía servir de prefacio á la conversacion que naturalmente deseaba entablar; pero estaba escrito allá en lo alto que ese dia no seria afortunado! La dormilona respondió á su ojeada con otra mirada silenciosa y negligente, y luego, sin inquietarse mas, se recostó de nuevo para apurar su sueño interrumpido.

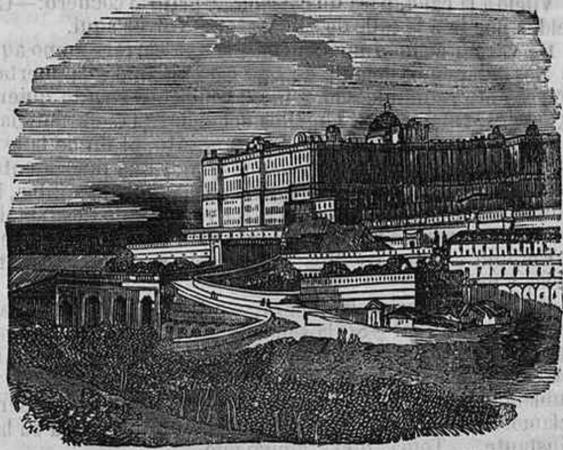
—¡Se vuelve á dormir! dijo Julio para sí. ¡Y después de haberme mirado! ¡Bueno! Yo haré que me oiga.

De súbito quedó suspendida de sus labios la frase que iba á dirigir á su vecina, pues la vieja principió á estornudar, y el perrillo á hacerle coro.

LA INQUILINA DEL RINCON DE LA IZQUIERDA.

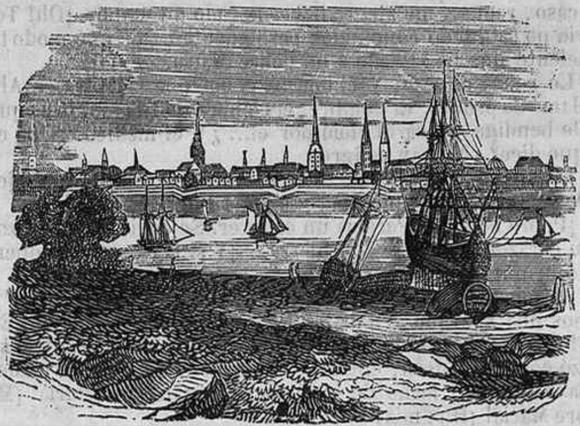
Aquel concierto de dos voces habia recordado á Julio que eran cuatro los que iban en el carruaje. ¡El desventurado lo habia olvidado ya! Y delante de semejante galeria ¿qué podia

decir de su aventura? ¿qué podía confesar á su linda vecina en presencia de una vieja que tenía el defecto de no dormir en carruaje, y de un falderito gruñidor? Solo un partido le quedaba: el desalojar los oídos parásitos. Pero ¿cómo lograrlo? ¿Pidiendo á los importunos que abandonasen un rincón



Madrid.

muy cómodo y un viaje tal vez indispensable? Semejante proposición hubiera sido una impertinencia; partidario de la paz á todo trance, la hubiera rechazado con vigor. La vieja y su perrito parecían de humor, si no de talla, de enseñar energicamente los dientes. Por fortuna de Julio, en aquel momen-



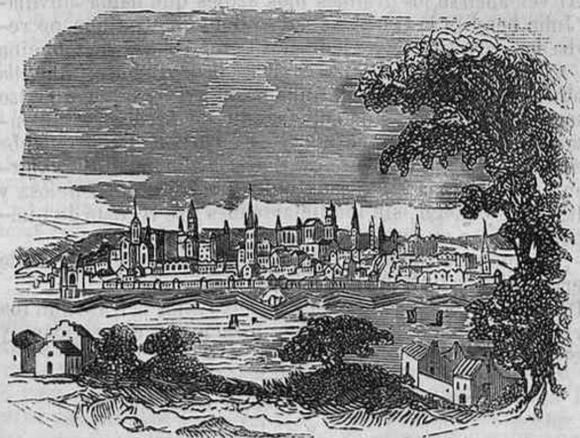
Hamburgo.

to pasaba por allí una hada que usualmente se llama la Providencia, y que suele manejar su varita en provecho de los amantes atascados. Hallábanse á la entrada del invierno y de las noches frías, y desde la salida habían estado levantados los vidrios de las portezuelas. Por una casualidad tan rara que



Stokolmo.

pasará por una inverosimilitud, el obrero que había hecho el coche era un obrero concienzudo. Los vidrios y las portezuelas, cuidadosamente ajustadas, interceptaban herméticamente las corrientes de aire mortales para las piernas de los viajeros, de lo que había resultado que tres minutos después



Idra.

de la salida el carruaje tenía la temperatura de un calorifero. La vieja y su falderito parecían profesar al calor una amistad robusta, y guardaban un silencio de satisfacción.

Julio se hallaba muy ocupado para pensar en esa circunstancia; pero la jóven, que no participaba de las simpatías de los inquilinos del rincón de la izquierda ni de las preocupaciones del vizconde, se despertó con el calor, y sintiéndose incomodada, bajó los cristales. Hay en el mundo una raza de gentes egoistas y dañinas, prontas á exagerar sus derechos, y ásperas en negar los del prójimo, que levantan el gallo y engordan con el ajeno. Si los tiene uno por vecinos, pasan á



Coimbra.

través de sus sembrados con jauría y caballos; pero le entablan un pleito cuando él pasa por el sendero medianil. Si uno está sentado á su lado en el teatro, le ahogan para ponerse á sus anchuras, cuando le permiten escuchar la pieza, y en todas las cosas sucede lo mismo. La vieja hacia parte de esa clase poco interesante de la sociedad. Viendo desaparecer el sofocante calor que llenaba el carruaje, protestó gritando con acritud:

—Señora, levante Vd. el vidrio, pues no hemos tomado la posta para viajar á descubierto.

La jóven señora era una de esas mugeres tímidas y resignadas que ceden ante el despotismo de otro, y de consiguiente,



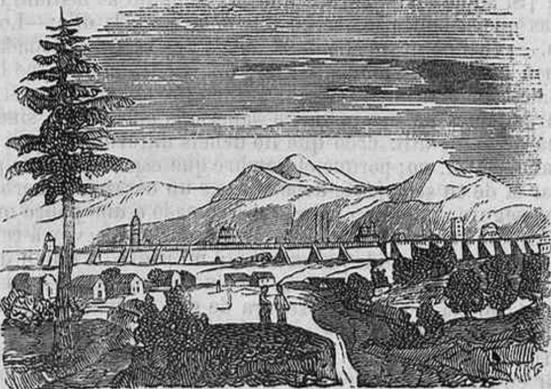
Roma.

aunque proxima á desfallecer de calor, obedeció sin decir palabra.

—¡Pobre jóven! murmuró Julio viéndola sufrir. De súbito asomó á sus labios una sonrisa, pues acababa de hallar el medio de obligar á la vieja á suministrar ella misma el aire á su vecina. Sacó de su bolsillo una petaca, tomó un cigarro y lo encendió. La vieja le miró con asombro, y por último exclamó:

—¡Usted fuma, caballero! Eso es de la mayor grosería! Julio arrojó algunas bocanadas de humo sin responder. La vieja le sacudió el brazo diciendo:

—¡Hablo con Vd.!



Cosenza.

Julio se volvió hacia ella y respondió con frialdad: —*Yos, it is a graat pleasure to be smoking in vavage.* (Sí, es un gran placer fumar viajando.)

Y siguió fumando. —¡Un inglés! dijo entre dientes la vieja furiosa. ¡Ya me lo parecía! ¡Son unas personas que no res etan nada! Señora, señora, baje Vd. el vidrio! continuó, bajando vivamente el de su lado.

Y se puso á gritar al inglés, que no respondía, recalando lentamente cada palabra: —No se permite fumar.

Luego, volviéndose hacia su vecina, añadió: —No puede darse mayor grosería: ¿sabe Vd. el inglés, señora?

La jóven hizo un signo negativo. —No importa; esto no se puede tolerar, gritó la vieja.



Jerusalen.

Y adelantó la mano para apoderarse del cigarro; pero Julio la detuvo, tomó friamente de su petaca otro cigarro, y se lo presentó diciéndole:

—*Will you have any?* (Vd. quiere un cigarro?) La vieja estaba exasperada, y gritó por la portezuela:



Londres.

—Conductor, pare Vd! Aquí hay un inglés que está fumando: quiero apearme.

Pero el ruido de las ruedas cubría su voz. El carruaje seguía marchando, y Julio concluyó su cigarro. Solo entonces levantó el vidrio la vieja y se calló; pero de vez en cuando



Lucerna.

echaba al vizconde una mirada cargada de ira, mientras que Julio permanecía impassible.

—Tenemos aquí un inglés que fuma. Mándele Vd. que cese. —La señora tiene razon, replicó el correo volviéndose hacia Julio. No se permite fumar aquí, caballero.



Salerno.

Y...
El...
hasta...
tan a...
cil en...
Ea...
tiene...
E...
aun l...
petac...
Y...
discr...
y se...
cerra...
Cuan...
hum...
de n...
bast...
Eva...
enco...
guie...
Un...
tand...
grita...
rigia...
mada...
bre...

cent...
cien...
P...
del c...
corro...
man...

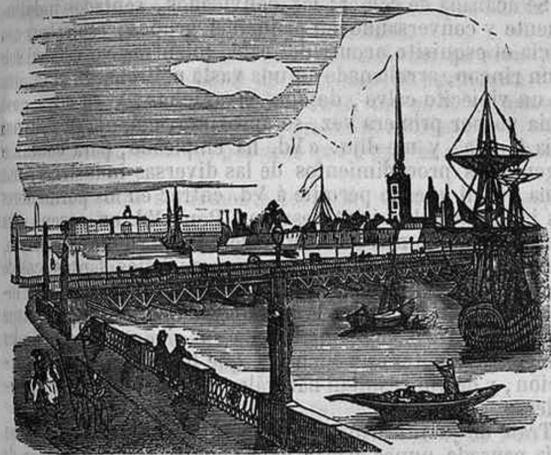
Y precisado á partir, se volvió á su puesto. —No entiende el francés, gritó la vieja. El carruaje estaba ya en marcha. Julio había fumado hasta allí para obtener aire; pero la vieja se había mostrado tan adorablemente impaciente y áspera, había estado tan fácil en sus injurias, que Julio se dijo para su capote: —Esta muger me agrada: se encoleriza francamente. —Esta reflexion produjo otra. —Si volviese á fumar, pensó Julio, con los humos que tiene abandonaría la plaza al tercer cigarro.



Constantinopla.

En esto examinó el estado de sus municiones, y halló que aun le quedaban cinco cigarros. Al ver salir de nuevo la fatal petaca, la vieja hizo un gesto de horror, y articuló un: —¡Todavía!

Y bajó vivamente el vidrio. Julio ahogó una risotada indiscreta y volvió la petaca al bolsillo. La vieja levantó el vidrio y se acurrucó en su rincón para dormir; pero apenas había cerrado los ojos, cuando Julio encendió su segundo cigarro. Cuando la vieja se despertó, el carruaje estaba lleno de humo. Se adivina la andanada de injurias que la vieja vomitó



Colonia.

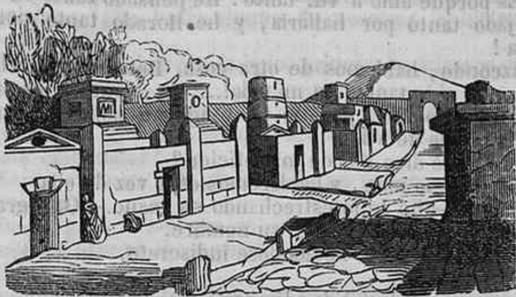
de nuevo contra el impertinente fumador. En efecto, había bastante para exasperar al mas paciente de los santos del Evangelio; pero como uno se cansa de todo, hasta de estar encolerizado, por habituado que se esté á ello, al cigarro siguiente la voz de la áspera vieja había bajado muchos tonos. Un acceso de tos la advirtió pronto que se ponía ronca gritando fuerte y largo tiempo, y aun esto seria pasadero si gritase en los postres. De consiguiente, calló un instante, dirigiendo de vez en cuando una interpelacion al fumador ó una llamada al conductor, y por último calló absolutamente. La pobre muger reflexionaba.



Dresde.

—Esto no puede durar, pensó con una indignacion concentrada, única que su salud le permitia. No puedo caminar cien leguas mano á mano con un cigarro. Por último, llegaron al relevo. La vieja se precipitó fuera del carruaje, aun antes que este se parase, y corrió á decir al correo que estaba desenganchando: —Conductor, es Vd. poco atento, pues le he estado llamando en vano todo el camino. —Señora, no he oído á Vd. —El inglés no cesa de fumar.

—Voy á hacerle serias observaciones. —Es inútil, porque no entiende el francés. Mándele Vd. que se apee. —Imposible, señora, no puedo dejar en el camino á un viajero que ha pagado.



Ruinas de Pompeya.

—¡Ah! ¡Esas tenemos! Vds. se entienden. Entonces seré yo la que me apee, y me quejaré á la administracion. —Como V. guste, señora. Júzguese la sonrisa que asomaría á los labios de Julio cuando vió desembarcar los baules y los cartones de su víctima. —Hé ahí una muger que detestará mas que muchos á los ingleses, murmuró con satisfaccion. Ahora pensemos en la



Berlin.

otra, añadió volviéndose hácia el rincón que quedaba habitado.

LA INQUILINA DEL RINCÓN DE LA DERECHA.

Mientras que Julio fumaba, la boca rosada no había soltado una palabra, pues aunque el cigarro no dejaba de incomodarla un poco, tenía su lado bueno, por cuanto le proporcionaba el aire que necesitaba. Ciertamente, se había admirado mucho de llevar tan lejos el olvido de la urbanidad y el

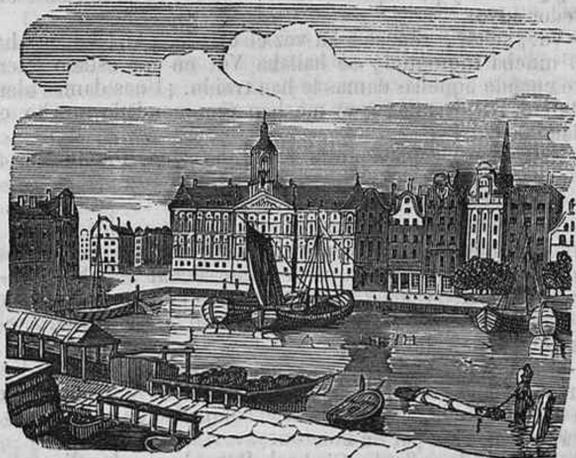


Coblenza.

amor del cigarro; pero se había contentado con admirarse. Habiendo marchado la vieja, el fingido inglés le dijo súbitamente en francés castizo:

—Mis cigarros han hecho á Vd. toser mucho, señora, y le pido perdon.

La joven levantó vivamente la cabeza, fijó un instante la vista en su interlocutor, miró después en derredor de sí, palpó los almohadones, y principió á temblar de pies á cabeza.

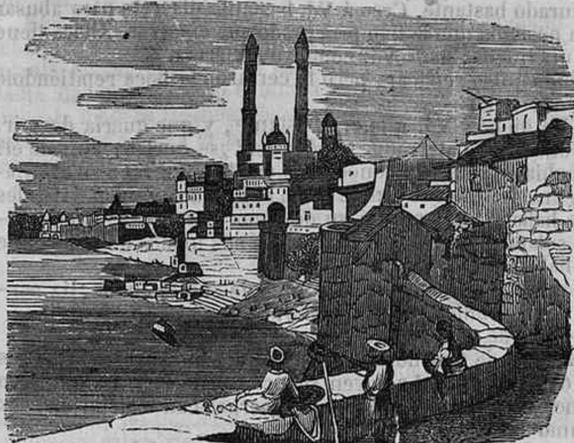


Amsterdam.

—Soy yo el que ha hablado á Vd., señora, prosiguió Julio. —¡Vd., caballero! exclamó por último la perezosa. ¿Vd. es? —De la Picardía, señora. Me he fingido inglés para alejar unos ojos que estaban demás aquí, y hablar con Vd. sin testigos. —¡Caballero!... murmuró la joven mucho mas asustada.

—Causo á Vd. miedo, repuso Julio. Vamos, mireme Vd. Recuerde Vd. aquella deliciosa noche que pasamos juntos en la Ópera, hace ocho meses, la víspera de la partida de Vd. para Arlés.

La joven abrió sus ojos espantada, y dijo: —¡Yo, caballero! ¡yo he pasado una noche con Vd. en la Ópera! ¡Yo he partido para Arlés! —Así lo he creído hasta hoy, señora. —Pues desde hoy cese Vd. de creerlo. Yo no sé lo que quiere Vd. decir.



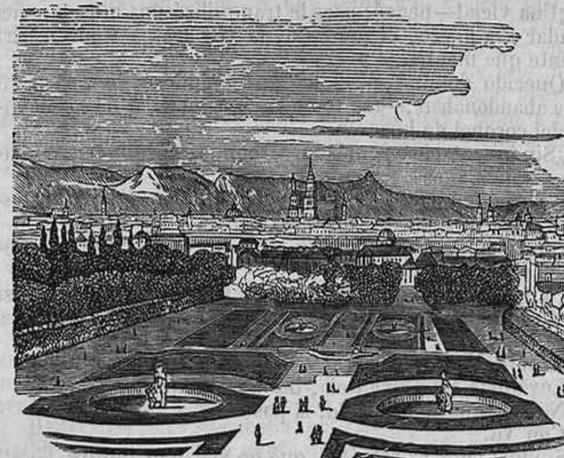
Singapor.

—Sin embargo, ¿Vd. me ha visto ya otra vez? —Jamás. —Si no á mí, á lo menos mi retrato. —¿El retrato de Vd. ha estado espuesto en el salon? preguntó la joven, que principió á serenarse. —Dejémos de bromas, señora, replicó Julio, buscando una mano que se retiraba, pues no he tomado la posta para esto. Vd. me ha visto, á mi ó á mi retrato, una hermosa miniatura debida al pincel de Aristides Michon, pintor de miniaturas, calle Chabrol.



Nápoles.

—¡Aristides Michon! —Un artista indiscreto que trabaja por encargo anónimo y pinta retratos á despecho de los originales. ¿Ha oído Vd. hablar de él? —Jamás. —¡Ah! Vd. no quiere tener hoy memoria: capricho de muger. Vamos, querida marquesa, añadió Julio acercándose á su compañera que se retiró, ¡un poco de complacencia! Dignese Vd. recordar que soy el vizeconde de Ceran. ¡Ob! no estoy enojado con Vd. por haber mandado hacer mi retrato; pero tengo que regañar á Vd. un poco por haber guardado el in-



Viena.

cógnito y haberme hecho correr todo París tras de la endiablada doncella á quien Vd. ha encargado de recogerle. —Caballero, Vd. me ha dicho que nos dejásemos de bromas, replicó la joven, que había seguido mirándole con asombro. —Y bien, marquesa... —Primeramente sepa Vd. que yo no soy marquesa, ni lo he sido nunca, ni tengo ganas de serlo. Luego sepa Vd. que jamás he oído hablar de M. Michon ni de Vd.; que no le he visto en mi vida en la ópera; que no he hecho el viaje de Ar-

lés, y en fin, que no he encargado el retrato de Vd. ni enviado a ninguna doncella por él. Dos palabras aun: Vd. se llama de Ceran, y lo creo; es Vd. vizconde, y le felicito por ello. Yo, caballero, me llamo Mad. Perret. Hace tres años que estoy casada con un hombre á quien amo, y además soy madre de familia. Hasta hace quince días, jamás he puesto los pies en París. Me vuelvo á Auxerre, donde llegaremos dentro de una hora. Si Vd. busca aventuras en diligencia, vaya Vd. á buscarlas en otra parte. Lo siento en el alma, caballero, pero le digo la pura verdad.

—Pero en fin, señora...

—La broma, porque una broma es por mas que Vd. diga, ha durado bastante. Creo á Vd. bastante discreto para abusar de la posición que le han procurado sus cigarros. Ahora tiene Vd. un rincón; haga Vd. como yo, duerma.

Julio quiso replicar, pero le cerraron la boca repitiéndole con tono seco:

—He dicho á Vd. que era bastante, y que quería dormir.

Julio estaba aterrado. ¿Qué creer? ¿se burlaba aun de él? ¿se había engañado reconociendo en Mad. Perret á su arlesiana? ¿Era Aristides el que le había engañado? ¿ó bien Aristides había hallado realmente á su desconocida? ¿Se había equivocado solamente creyendo ver caer de sus manos un billete que otra había perdido?

—Dos palabras aun, señora, dijo de súbito Julio. ¿Ha perdido Vd. un billete de diligencia?

—Nada de eso; aquí le tengo.

Al cabo de una hora la mala entraba en Auxerre: eran las tres de la mañana. La jóven señora se apeó, y Julio hizo lo mismo. Mientras que el correo descargaba su maleta, una voz exclamó detrás de él:

—En fin, eres tú, Coralía; ya no te aguardaba.

Era su compañera de viaje á quien abrazaba un hermoso jóven, y que le devolvía ámpliamente sus caricias. Julio se informó de la criada y del mozo de la posada, y supo que era cierto todo cuanto le había dicho Mad. Perret. ¡No era la muger que él buscaba! A la mañana siguiente tomaba la diligencia de París, y el mismo día á las ocho de la noche entraba en su casa diciendo:

—¡A fé mia que he hecho un lindo viaje!

Su criado le entregó el billete siguiente:

«Vd. corre tras de mí por el camino de Lyon; lo he sabido muy tarde para advertirle á tiempo que no he salido de París. El sábado hay baile en la Ópera. Cuento con que estará Vd. de vuelta. Vaya Vd., y me hallará allí. A las dos pase Vd. al salón.»

«P. D. Soy loca para retratos, especialmente por el de Vd.»

Este billete no tenia firma, y la letra era desconocida.

—¡Corriente! dijo Julio acostándose. El sábado tomaré mi desquite.

UNA NOCHE DE ÓPERA.

Julio fué exacto. Desde la una de la mañana andaba ya paseándose por el salón, con oído atento, ojo avizor, husmeando las máscaras, acechando una seña, una sonrisa, una mirada. Las máscaras pasaban. De súbito se posó sobre su hombro una mano. Julio volvió la cabeza, y vió delante de sí dos dominós, el uno azul, y negro el otro.

—En fin!—exclamó.

Por toda respuesta, el dominó azul señaló con el dedo el reloj que marcaba las dos menos cinco minutos: luego volviéndose hacia el dominó negro que le acompañaba, le dijo despidiéndole:

—A las tres aquí.

Y tomó el brazo de Julio.

—¿Es Vd. en realidad?—preguntó este.

—¿Quiere Vd. que le enseñe mi retrato?—respondió una voz festiva que él no reconoció.—Vamos,—prosiguió el dominó llevándole bajo una araña,—míreme Vd. bien, puesto que se muere por mirarme... Ya que Vd. no me reconoce,—añadió después de un corto rato de silencio,—hablemos.

—Hablemos,—repitió Julio.—Primeramente, ¿por qué ha mandado Vd. hacer mi retrato?

—¿Con qué no ha leído Vd. mi billete? Estoy haciendo una colección de miniaturas; tengo mi retrato lleno de ellas. Es un capricho. Para dejar plaza al de Vd. he desterrado un coronel de húsares, un hermoso hombre á quien he amado hace veinte años.

Julio se sobresaltó.

—¡Una vieja!—pensó; pero le tranquilizó una mirada, pues su andar era ligero, el pié listo, la voz fresca y jóven. Era evidente que mentía.

—Querido dominó,—replicó apoderándose de una mano que le abandonaban,—me tomo la continuación de los negocios del coronel de húsares.

—¿Sin inventario? ¿cuidado, vizconde, porque tengo cuarenta y cinco años!

—No creo una palabra,—dijo Julio.—Mire Vd., aquí tiene Vd. unos testigos que deponen contra Vd.

Y designaba un rizo de pelo muy negro que salía por debajo del capuchon.

—¿Y qué? Aun tengo algunos cabellos negros; cosa que se tiene largo tiempo. ¡Ah! vizconde, vizconde, si yo fuese mala!

—¿Qué?

—Levantaría mi máscara.

—Levántela Vd., levántela, hermoso dominó.

—No, porque tomaría Vd. la posta.

—Con Vd.

—Sin mí; pues ya sabe Vd. que no viajamos juntos.

—¡Ah! Ya estoy harto de viajes. A propósito, querido dominó, añadió Julio designando de nuevo el rizo acusador,—¿hace mucho tiempo que trae Vd. estos cabellos?

—Desde que nació, vizconde.

—¡Bah! Entonces tiene Vd. otros de repuesto. Si mal no me acuerdo, eran cabellos rubios los que llevaba Vd. cuando pasaba por la calle Chabrol delante de la casa de un tal Michon: un perillan á quien, aquí para los dos, pienso dar una buena lección.

—Vizconde, yo pido á Vd. su perdón.

—Con una condición, la de que Vd. ha de darme la sucesión entera del coronel de húsares.

—¡Del coronel de húsares! ¿De cuál?

—¡Ah! parece que hay muchos.

—¿Qué quiere Vd.?—repuso el dominó bajando los ojos.—Preciso es amar alguna cosa en el mundo.

Julio se sonrió, y dijo:

—Hablo del que yo hice arrojar del retrete de Vd.

—Vizconde, Vd. me pide mucho.

—¡Es porque amo á Vd. tanto! He pensado tanto en Vd., he viajado tanto por hallarla, y he llorado tanto por no hallarla!

—Vizconde, hablemos de otra cosa. Detesto las declaraciones... he oído tantas en mi vida!... En cuanto á los viajes de Vd. los conozco, porque yo tengo mi policía, y mejor montada que la de Vd.

—Pero ¿qué dice Vd. de mi petición?

—Nada. Tomo nota, y hablaremos otra vez de ella.

—Gracias—dijo Julio estrechando su mano.—Otra gracia, querido dominó. Dígame Vd. su nombre.

—Vizconde, va Vd. haciéndose indiscreto.

—¡Pícarilla!

—Pero no impido á Vd. adivinarlo.

—¡Ah! ¿Con que no quiere Vd. hacer nada por mí?

—Vizconde, es Vd. injusto, y voy á probarlo. He prometido estar con Vd. toda la noche, y van á dar ya las tres. ¿Quiere Vd. cenar conmigo?

—¡Si quiere!

—Un instante. Ha de ser con ciertas condiciones. Primeramente seremos tres. Ahí viene mi amiga á buscarme; esa será de la partida.

Julio hizo una mueca.

—En segundo lugar, no nos quitaremos nuestras máscaras.

Julio hizo otra mueca.

—¿Acepta Vd.?—preguntó el dominó.

—¡Una observación!—replicó Julio.

—Ninguna. ¿Sí, ó no?

—Entonces, sí.

El dominó se acercó á su amiga, que llegaba, y le dijo algunas palabras al oído. En ese intermedio Julio decía para sí:

—No cumpliré una palabra arrancada por violencia. Yo sabré forzarlas á quitarse sus máscaras; emplearé antes que todo el Champaña, y si no basta las seguiré.

El dominó azul volvió entonces á tomar su brazo, y todos tres se dirigieron hacia el café inglés.

EL DIA SIGUIENTE.

El día siguiente, cuando Julio despertó, eran las cuatro de la tarde. Se frotó los ojos, y dijo asombrado:

—¡Calla! Estoy en mi casa, en mi cuarto. ¿Cómo he venido? No lo recuerdo. Yo creía hallarme aun en el baile de la ópera con aquellos malditos dominós. ¡Ah! ya me acuerdo: he cenado con ellos. No se han quitado la máscara, ni tampoco me han dicho su nombre. Lo cierto es que yo debía seguirlos... ¿Cómo es pues que me hallo aquí?

Se incorporó en la cama; apartó las cortinas, y percibiendo una forma humana junto á la ventana, exclamó:

—¡Una muger! Es mi desconocida, que me ha traído aquí y se ha quedado. ¡Ah! esto me pone bien con ella.

La muger, porque una muger era, se levantó al oírle.

—¡Una vieja!—gritó Julio con espanto.

En efecto, era una muger como de unos sesenta años, de aire y trage comun, un tipo de portera.

—¡Cómo! ¿ella era también vieja!—murmuró Julio viéndola acercarse.—¡Ah! se elogiaba cuando decía que tenía cuarenta y cinco años!... ¡Y yo que le había visto cabellos negros!

La vieja tomó una tetera sobre la mesita de noche, llenó una taza, y se la presentó diciendo:

—Beba Vd., señor; esto le calmará.

Julio hizo un ademán de cólera; luego se frotó los ojos y la miró de nuevo.

—¡Decididamente, estoy loco! exclamó en fin. No es ella...

Y levantando súbitamente la cabeza, preguntó con altivez:

—¿Quién es Vd.? ¿qué quiere Vd. con esa taza que me está presentando hace un cuarto de hora? ¿Quién ha introducido á Vd. aquí? Responda Vd.

—¡José, José! añadió con violencia, tirando del cordel de la campanilla.

Acudió el criado, y Julio le dijo:

—¿Quién es esta muger?

—La señora Triboulet, partera y enfermera, respondió en fin la vieja, que aun no había podido decir una palabra; para servir á Vd., señor. Yo tomo pensionistas y hago el servicio por las casas.

—¿Quién hay por aquí enfermo? repuso Julio mirando en derredor suyo.

—Vd., señor, repuso á su vez el criado. ¡Ah! Vd. me ha dado mucha inquietud; se hallaba Vd. en un estado bien triste cuando aquellas damas le han traído. ¡Unas damas bien caritativas, Dios mio, que me han recomendado mucho el cuidado de Vd.!

—Está bien, replicó Julio con tono seco. Pague Vd. á esta muger, y que se vaya.

—Pero, señor, el médico...

—Váyase Vd. con mil diablos!... y pronto... mi ropa.

Por último, Julio recordaba, ó mas bien, lo adivinaba todo. Los dominós que él quería emborrachar le habían emborrachado á él. ¿Cómo? Tal vez derramando sus vasos bajo la mesa, como era evidente; aunque él no lo recordaba. Juzguese qué satisfecho estaría.

—¡Pardiez! ¡preciso es que me vengue en alguno! dijo cuando se halló vestido. Voy á vengarme en Aristides, que es la causa de todo, y sin duda es el compadre de esas damas. Voy á regalarle un par de bofetones.

Y corrió á la calle de Chabrol. Pero hacia dos días que Aristides estaba en Bretaña.

—¡Le han avisado! pensó Julio; pero ya volverá, y le guardaré el regalo.

Cuando volvió á casa halló un nuevo billete.

—¡Otro! dijo para sí reconociendo la letra. Veamos sin embargo.

«No volverá Vd. á oír hablar de mí. Me despido de Vd., pues acabo de saber que va Vd. á casarse, y para mí un marido es cosa sagrada.

»Guardo el retrato de Vd.; le he dado una plaza perpé-

»tua en mi retrete, é impondré por testamento á mis herederos la obligación de dejarlo allí despues de mi muerte.

»Vd., caballero, viaje poco y cene menos, pues es el deber de un marido y la paz del matrimonio. Permiso á Vd.

»Que olvide al consejero, pero tenga Vd. presente el consejo.

»Una súplica al terminar, una súplica renovada del baile de la Ópera: no mate Vd. á mi pobre Michon, por quien me intereso mucho.

»¡Adios! Sea Vd. feliz.»

—Sin embargo, es muy cierto, dijo Julio cuando terminó su lectura; dentro de un mes me caso.

En efecto, al cabo de un mes estaba casado.

La noche del matrimonio se hallaba en el cuarto de dormir de su novia. Valeria le tomó de la mano, y le llevó delante de una miniatura colgada á un lado de la chimenea. Julio reconoció su retrato, firmado Michon.

—¡Un regalo que me faltaba en tus presentes de boda, amigo mio! le dijo sonriendo su jóven esposa.

—¿Cómo! ¿Eras tú con quien?...

—Has cenado en el café inglés una noche de ópera... por señas que yo misma pagué la cena.

—Valeria, te juro...

—Nada mas de juramentos, amigo mio, interrumpió la jóven esposa. El mejor no vale nada. ¿Qué no me habías jurado á mi marcha para Burdeos? Debias ser juicioso, no volver á cenar, amarme á mí sola, ¿qué se yo? ¡Ya ves cómo se olvidan los juramentos!... Vamos, no me beses las manos... tengo el derecho de regañarte... despues te perdonaré. Tu retrato permanecerá ahí, añadió despues de una pausa. Le he prometido alojamiento perpétuo. En lugar del retrete, tendrá el cuarto de dormir, y no perderá en su cambio. Si alguna vez te ocurre un mal pensamiento de infidelidad y traicion, que muy bien puede ocurrirte, miralo, amigo mio, y ténlo presente.

En ese momento entró una persona: era M. de Morey, primo de Valeria.

—M. Aristides Michon, dijo Valeria presentándole á su marido. Se ha cortado la barba y vendido su sombrero.

—M. Michon, dijo Julio llevándole delante de la miniatura é indicando el otro lado de la chimenea, pondremos allí otro retrato que Vd. me hará, para formar juego: el retrato de mi esposa.

HISTORIA DE UNA TAZA DE CAFÉ.

Se acababa de comer: los convidados, sentados indolentemente y conversando en pequeños grupos, aspiraban con delicia el esquisito aroma del café, mientras yo estaba solo en un rincón, arrellanado en una vasta poltrona. El amo, que era un viejecito calvo, de ojos vivarachos, y en cuya casa comia yo por primera vez, se aproximó, empujó su poltrona hacia la mia, y me dijo: «Vd. ha empleado, para contar el origen y los procedimientos de las diversas industrias, una forma pueril que no permite á Vd. entrar en los pormenores mas indispensables é interesantes. Pone Vd. en escena una casaca bordada, un vestido de muselina, un sombrero de raso, ¿qué sé yo? y encarga Vd. á esos personajes fantásticos de iniciar á sus lectores en el conocimiento de los hechos industriales que ignoran. Pero sucede que esos personajes estan mucho mas preocupados de sus aventuras que de los esfuerzos, vicisitudes y luchas á que han debido su transformación, y de ahí resultan naturalmente vacíos muy desagradables.»

Traté de justificarme, diciendo á mi huésped que yo no había pensado nunca hacer bajo aquella forma tratados de tecnología industrial; que mi única intencion había sido divertir al lector, y llamar por ese medio su atencion sobre objetos que, á causa del predominio de los debates políticos, habían quedado hasta aquí fuera del cuadro de la prensa cotidiana, etc.

«Lo sé, replicó el viejecito con un tono cazarro; pero ustedes los periodistas son así: no dudan de nada, y mas fácilmente creerian en su infalibilidad que en la del Papa. No le faltaran á Vd. argumentos para probarme que no tengo razon y que Vd. la tiene: así no discutamos, etc.»

«Mire Vd., añadió; tiene Vd. en la mano una taza de porcelana de la China: trate Vd. de hacerla contar su historia, y no le dirá mas que sandeces; le hablará á Vd. del industrial chino que la ha trabajado, del pintor que la ha decorado, de la jóven que fué la primera en poner sus labios ahí mismo donde Vd. está poniendo los suyos en este momento; cómo fué embarcada en un buque de la compañía de las Indias, trasportada á Londres, donde yo la he comprado; y sobre ese tema bordará toda especie de variaciones, y nada mas. Descuidará las cosas esenciales; nada dirá á Vd. de esa industria del alfarero, tan vieja como el mundo, á la que debió sus primeros ídolos, que hizo brotar las primeras nociones del arte, y sin la cual el sentimiento religioso se hallaría aun en el estado informe.»

«¿Quiere Vd. que le diga todo lo que pienso sobre el hombre? Es muy ingrato; goza de todas las conquistas tan pensosamente alcanzadas por las generaciones anteriores, y jamás tiene una palabra de gratitud para los atrevidos braceros que han desmontado el terreno antes que él, para los intrépidos trabajadores, los héroes desconocidos que han domeñado la materia y preparado sus placeres. No piensa en que cada uno de sus goces ha costado esfuerzos gigantescos.»

Hice observar al viejo, que sin duda tenia razon, que esa disposición de ánimo era muy sensible; pero que cada generación pagaba su deuda á las que le han precedido, é imponia una á las que la sigan, trabajando á su vez en perfeccionar los procedimientos, en multiplicar el número de los descubrimientos, en proseguir la obra comenzada; y que de ese modo se establecia entre las generaciones una especie de cuenta corriente que, en definitiva, las deja pagadas entre sí.

«¡Oh fatal influencia de los tiempos en que vivimos! exclamó mi interlocutor. ¡Ahora me viene Vd. hablando de cuenta corriente, de cargo y data! ¡Con que Vd. cree que ha pagado á sus antecesores, que ha satisfecho la deuda de la humanidad hacia Bernardo de Palissy, hacia Josias Wadgwood y otros muchos sin los cuales comería Vd. aun en tazones toscos y porosos! Escuche Vd.:

(Continuará.)

EL LADRON DE LA CORTE.

CAPITULO XIII.

El auroch.

Los ojeadores saltaron para batir el bosque unos enormes mastines defendidos por collares con puntas de hierro; pero ningún ladrido anunciaba que hubiesen hallado rastro de caza. El rey y su acompañamiento echaron por diferentes calles de árboles que, reuniéndose en la estremidad de una encrucijada, formaban muchos caminos cubiertos, asaz peligrosos por la oscuridad que en ellos reinaba.

Después de haber esperado por largo tiempo la señal que anunciase alguna fiera, Erico comenzó á dar muestras de su mal humor, regañando y acusando de torpes á sus criados. En este instante algunos gritos salvajes vinieron á advertirle que el acaso obedecía á su voluntad real, y un oso formidable, acosado por los furiosos mastines, salió de la espesura dirigiéndose al conde de Rimberg, que le esperó lanza en ristre.

Cuando el animal se levantaba de manos para lanzarse á la cabeza del caballo, el conde asestó contra su velludo pecho la punta de su arma; pero el hierro resbaló sin hacer mas que un ligero rasguño. Rápido como el rayo, lanzóse el rey al animal, é introduciendo en su espumante boca una larga espada que debió dividirse en dos, le hizo rodar vomitando un torrente de sangre espesa y negra; pero á pesar de herida tan peligrosa, halló medio de incorporarse y escapar, atropellando un criado de una persona de la comitiva.

Sofía, durante el corto tiempo que durara esta lucha, había lanzado un grito de espanto.

—Serenaos, hermana mia, le dijo Erico; no le permitirá su herida vivir mucho; pero... señor conde, añadió mirando á Gustavo, hemos estado los dos bien torpes.

—Yo, sí, respondió Rimberg; pero no vuestra majestad, que ha manifestado una destreza de que debo darle las gracias, porque siendo novicio en este género de diversiones, no sé si hubiera podido sostener por largo tiempo la lucha con mi enemigo.

—No hubiera sido fácil, porque os precipitais mucho, señor de Rimberg. Siendo los movimientos del oso muy lentos, y viendo él además muy poco delante de sí, todo el talento del cazador consiste en esperarle con sangre fria para no dar un golpe en vago despues de tomadas sus medidas. A la tercera ó cuarta cacería sabreis tanto como yo, y espero que hoy podais recibir otra lección, porque oigo á nuestros perros desganitarse. Catalina, poneos detras de mí, y vos, hermana, también. En este momento quizá seria una imprudencia no dejarme dueño absoluto del campo de batalla.

El rey, que tenia la justa pretension de ser en estas peligrosas luchas el mas hábil de su reino, fué puntualmente obedecido. Formóse en rededor suyo un círculo, aunque bastante lejano, y el príncipe se presentó solo en la palestra, audazmente esperando los peligros que á prueba debian poner su bravura.

Catalina estaba sumamente turbada, viendo al rey esponerse de aquel modo.

—Y á esto llaman los reyes diversion! decía ella á Gustavo. Me parece que habrá otras mas agradables.

—Siendo la imagen de la guerra, señorita, replicó el conde, los soberanos aficionados á la caza imponen á su pueblo cierto respeto, que les ayuda á robustecer su dominacion; pero... escuchemos. ¿No oís, como yo, ruido en la maleza? Algunas res va á salir de allí.

—Y el rey está solo! replicó Catalina sumamente agitada. —Nada temais: estamos ya sobre aviso para volar á su socorro.

Un terrible mugido vino á interrumpir estas observaciones, y asomó en la linde del bosque su cabeza un enorme toro salvaje, de pelo negro como el azabache, sin mezcla de otro color. El animal, asustado sin duda á vista de tantos caballeros, se internó en el bosque.

El caballo de la princesa Sofía, de suyo receloso, al distinguirla había hecho un movimiento, y acercándose al conde de Rimberg, que le cogió de la brida para tranquilizar á la hermana del rey, que desde entonces no manifestó sobresalto alguno.

El auroch, acosado por la jauria, se lanzó al medio del círculo en direccion á Erico, que haciendo á todos señas para que se mantuvieran en su puesto, se dirigió á encontrarle lanza en ristre. Los primeros golpes del rey causaban profundas heridas; pero no siendo en las partes mas delicadas del auroch, la sangre corria sin que pareciera aproximarse el fin de la lucha.

Erico, manejando su caballo con toda la habilidad de un buen jinete, le obligaba á permanecer firme frente á frente de su monstruoso adversario. Comprendiendo sin duda el toro esta maniobra, dirigió todos sus ataques contra el animal, alcanzándole un puntazo en el pecho. El rey perdió el equilibrio; pero afirmóse bien pronto en la silla á pesar de los multiplicados botes de su caballo, cuya boca tenía de sangre el freno que tascaba.

Erico estaba en peligro de muerte...

El conde de Rimberg, olvidando que se lo había prohibido, corrió á su socorro, tratando por multiplicados ataques de distraer al toro atrayéndole hácia sí. El vientre y el pecho de la fiera estaban inundados de sangre; pero no perdía de vista á su víctima, y solo á Erico se dirigia. Este, por una estratagemá calculada, trató de refugiarse á su comitiva que con ansiedad le miraba; mas el auroch le persiguió hasta las inmediaciones de Catalina... en aquel momento se rompió uno de los estribos del rey, haciéndole tambalear y caer por fin... Todos se lanzaron en su socorro; pero el auroch les había tomado la delantera.

Catalina, perdida la razon, saltó de su jaca, y hundiéndose su lanza hasta el corazon del animal ya espirante, le vió rodar sobre la arena con unánime aplauso de todos los espectadores.

La jóven ni oia ni veia mas que al rey. Le tomó en sus brazos con la delirante energía de una madre que saca á su hijo de las garras de la muerte, y cuando despues advirtió que no había sido herido, antes bien le daba gracias con una amorosa sonrisa, se puso á llorar de alegría.

—Calmad esa emocion, mi querida y generosa niña, la di-

jo el rey. Vuestro destino es el que os impele á salvarme la vida... obedecéis á vuestra mision... Nada debo temer cuando estais á mi lado, porque sois mi ángel custodio!

—¡Ah, señor! perdonad mi turbacion, mis lágrimas... —Dejadlas correr, amiga mia. Del corazon salen, y el mio las recogerá todas. Señores, dijo luego el monarca dirigiéndose á sus cortesanos que escuchaban con ávida curiosidad sus palabras, ¿ha leído alguno de vosotros la historia de Carlo-Magno?

—Yo creo no haber olvidado los principales sucesos de ella, respondió Gustavo.

—¿Entonces recordareis lo que la bella Hildegarda, en circunstancia igual á la en que acabo de encontrarme, hizo por este emperador?

—Espoñiendo su vida, le libró de un peligro de muerte en una cacería.

—Decid pues á los que os escuchan, señor conde, qué recompensa otorgó el emperador de los franceses á la valerosa Hildegarda.

Pero Gustavo, intimidado por las ardientes miradas de todos los que presenciaban esta escena, temió cometer una imprudencia política, y aparentando registrar en su memoria, respondió:

—No recuerdo. —La hizo su esposa, caballero, replicó el rey con voz fuertemente acentuada, la coronó emperatriz.

A estas palabras todos bajaron los ojos. Catalina los cerró desvanecida, porque el discurso del rey la había producido una especie de vértigo.

Erico examinó en silencio el efecto que producía en los concurrentes este recuerdo histórico, y se convenció de que no era favorable á Catalina. Sus miradas buscaban en la concurrencia un apoyo que no encontraban.

—¿Dónde está mi hermana? exclamó admirado. No la veo aquí.

—¡La princesa! respondió Gustavo: solo la he abandonado para acercarme á vuestra majestad.

—Se habrá alejado por prudencia del campo de batalla, prosiguió alegremente Erico.

—Hay pocas mugeres tan valientes como esta, añadió designando á Catalina.

—¿Permitís, señor, que vaya á buscarla? dijo el conde con inquietud.

—Es inútil. Tocad el aire de victoria, replicó el rey haciendo una seña á los ojeadores; ese canto de triunfo nos la devolverá.

Los criados se internaron en el bosque, poblando el espacio con los ruidosos ecos de sus tocatas; pero nadie respondió á este llamamiento, y fueron asimismo inútiles cuantas pesquisas se hicieron en las cercanías.

—Señor, dijo vivamente el conde de Rimberg, es preciso que vayamos todos...

—¡No tal! no os impacientéis, porque ya adivino lo que habrá pasado. Hay á tres millas de aquí un lugar destinado al reposo de los cazadores, al cual profesa Sofía particular predileccion, visitándole muy á menudo en sus paseos solitarios. Su techo abrigó en otro tiempo á mi padre Gustavo Wassa... No puede estar sino allí; y pues os he designado para ser su caballero, creo que no os desagradará ir solo en busca de la fugitiva.

—Señor, yo parto...

—Seguis esta gran calle de árboles de la derecha... el caballo que montais conoce muy bien el camino... dejaos guiar por él, que no se estraviará. Nosotros nos vamos á poner en marcha para Rosendal, donde pasaremos la noche y os reunireis á la comitiva cuando os plazca.

Dada la órden de la partida, se separaron, y Gustavo lanzó su caballo á rienda suelta en el bosque.

CAPITULO XIV.

El brazalet.

Gustavo adelantaba rápidamente abandonando al capricho de su caballo la eleccion de la senda que debía seguir. Burder, este era el nombre del animal, enderezaba á veces sus orejas, y derramando á torrentes por sus narices un vapor espeso que revelaba su temor instintivo, parábase y lanzaba sus ardientes ojos á través de las raras claridades del bosque: despues volvía á emprender su marcha monótona.

El caballo, mejor que el jinete, conocia lo peligroso de esta expedicion, pues á cada momento el follaje se agitaba anunciando la cercanía de los lobos y otras bestias feroces; pero Rimberg, sumido en un mar de inquietudes, no prestaba atención á nada: solo miraba con impaciencia delante de sí, y hallaba el camino bastante largo.

Una nieve espesa, violentamente impelida por un viento Nordeste, vino á aumentar los obstáculos que se oponian á su marcha. La noche se aproximaba, y le hubiera sido imposible saber á ciencia cierta donde se hallaba, y cómo podría abandonar el bosque. Para salir de este embarazo pretendió hacer que su caballo aligerase un poco el paso; pero Burder entonces lanzó un resoplido, y retrocedió con terror delante de un objeto que le había asustado. El conde quiso en vano hacerle romper: el caballo giró muchas veces sobre sí mismo y rehusó obstinadamente obedecerle. Entonces Gustavo creyó distinguir en medio de la nieve una cosa negra é inmóvil, que debía ocasionar la negativa de su caballo. Para que desapareciera la causa se apeó... se aproximó... ¡y cómo podrá explicarse su admiracion al ver en sus manos el sombrero de terciopelo negro de la princesa Sofía!

—¿Qué ha sucedido, gran Dios? exclamó conmovido. Su fogosa jaca se encabritaria y quizá la habrá arrastrado... ¡oh! es terrible esta idea... pero puedo engañarme. Este sombrero, perdido en la carrera, no es mas que una prueba muy débil... Roguemos al cielo que sea otra la causa de este encuentro... apresurémonos á llegar á ese sitio de que habló el rey para penetrar un misterio que tanto me inquieta.

Y volvió á montar á caballo. Esta vez Burder en menos de media hora, gracias á un galope infernal, le condujo delante de una casuca gótica, y se detuvo...

Apresuróse Gustavo á llamar á la puerta, oculta por matas de yedra y líquen; y al cabo de repetidos golpes vió salir de aquella cabaña un ser fantástico que, solo despues de un detallado exámen, podría llamarse hombre.

Estaba enteramente vestido con la piel de un oso, de cuya cabeza se había hecho un capuchon.

—¿Qué queréis? preguntó con voz ronca á Rimberg.

Gustavo, despues de habituarse un poco al raro exterior de este personaje, levantó con su látigo la cabeza de oso que le servia de sombrero, y vió con nuevo asombro que ocultaba el rostro de un negro.

—¿Vivís en esta habitacion? le preguntó.

—Yo, si vivir al presente; pero yo libre correr por todas partes.

—No me comprendéis... os pregunto si sois el guarda...

—¡Vos, gran señor!... ¡vos tan guapo! ¡tan bien vestido!.. ¡oh! ¡oh!

El conde, examinándole con mas atencion, conoció que debía ser una especie de idiota, y pasando rápidamente por delante de él, entró en la casa para buscar á la princesa. Nadie mas que el negro habitaba este recinto salvaje que un fuego de madera resinosa llenaba de sofocante humo. Obligado á hablarle mas, le preguntó si había visto á la hermana del rey.

—Yo la conocia... era hermosa dama, respondió.

—¿Y ha venido hoy aquí?

—Ella amaba mucho Zambo... va... ¡pobre Sofía!

—¡Sofía! es la misma. ¿La habeis visto? ¿ha venido á esta choza?

—¡Yo!... sabed... ¡pobre negro! ¡qué frio es este villano país!... yo tener mas calor allá... en la Gorea... ¡ah! ¡ah!

Adivinando el conde que este negro debía haber sido traído á Suecia por algun navío procedente del Senegal, y que la princesa Sofía le habría quizá tomado á su servicio, se desesperaba no pudiendo obtener del autómatá africano una respuesta categórica.

—Veamos, amigo mio, añadió Gustavo impaciente, comprendeme bien. Te ruego me digas si tu protectora, esa que dices te ama tanto, ha venido á verte hoy.

—¡Oh! ella ha venido, de todo... de todo... ¡verdad, Dios! deymes... deymes...

—Despues ¿qué?...

—Algunas noches... algunos dias...

Ya estaba claro para Gustavo que la que buscaba no se había detenido allí, y sus tormentos é inquietud se renovaron. A pesar de que la noche embozaba completamente el bosque en tinieblas, y de que la tempestad azotaba los árboles con horribles silbidos, no dudó en emprender de nuevo su marcha, aunque sin saber adónde se dirigiria. No podia acallar los latidos que á su corazon arrancaba aquella dolorosa incertidumbre, y partió como un loco.

Hacia mas de dos horas que caminaba en distintas direcciones; el viento le helaba hasta la respiracion, y el frio entumecía sus miembros: un sueño, que en aquella ocasion podia serle mortal, dominaba sus abatidas fuerzas, y el desgraciado jóven iba á sucumbir inevitablemente, cuando Burder, que estaba asimismo rendido de fatiga, abandonando el camino que seguia, penetró en el bosque por una abertura bastante grande, y le condujo á un sitio donde humeaban aun algunos mal apagados tizones. Rimberg se dejó del caballo junto al fuego providencial, y disipándose despues poco á poco su entumecimiento, se sintió con bastantes fuerzas para animar la lumbre con ramas de árboles. Inmediatamente una viva claridad iluminó aquel recinto, haciendo se fijasen los ojos del conde en un objeto que á pocos pasos de él brillaba: era un largo puñal cuya hoja destilaba aun sangre. Un estremecimiento de horror hizo que se erizasen sus cabellos... ¿De dónde habría venido este instrumento de muerte?

¿Algunos contrabandistas ó cazadores corsarios, quebrantando los preceptos del rey, se habrian introducido en el bosque, y habrian cometido en aquel sitio algun asesinato? ¿Seria esta la esplicacion real de lo que veia?

Un exámen mas detenido que despues ejecutó le hizo lanzar un grito terrible... acababa de hallar junto al puñal un pedazo de un brazalet que recordó pertenecía á la princesa.

—¡Ella, gritó desesperado, ella ha muerto!

Y cayó en una nerviosa crisis que terminó en un desmayo.

Cuando sus ojos se volvieron á abrir, no pudo darse cuenta del tiempo que había durado; pero empezaba ya á amanecer, y la parte del bosque en que se encontraba estaba incendiada. Este nuevo peligro le obligó á huir; mas al levantarse para buscar su caballo, vió á poca distancia del lugar del incendio el cuerpo de un hombre casi hundido en la nieve. Aproximóse Rimberg, y habiéndole examinado, vió que había sido muerto de una puñalada, y que tenía aun en sus crispadas manos la otra mitad del brazalet de Sofía. La esperanza renunció en el corazon de Gustavo. Entonces creyó mas susceptibles de verdad sus primeras suposiciones de una disputa entre dos bandidos que diera por resultado aquel asesinato. ¿Pero cómo estaba en su poder el brazalet? ¿Adónde la habrian conducido despues de haberla robado, y cómo hallaria en medio de aquel inmenso bosque sin salida donde se hallaba completamente estraviado?

Ofuscado por estas ideas que se cruzaban en su acalorada imaginacion, y no sabiendo qué pensaria el rey de su larga ausencia, Rimberg se determinó á dejar al azar el resultado de sus pesquisas. Buscó á Burder, que se había alejado un poco al oír chisporrotear la resina de los combustibles, y se apresuró á alejarse de aquel lugar de desolacion. Despues de una carrera tan penosa como larga creyó Gustavo percibir mas allá de un claro del bosque un edificio gótico que las brumas del alba cubrian aun con sus nebulosas sombras.

Hácia él dirigió su caballo; pero no estaba el camino transitable mas que para la gente de á pié, á causa de pequeños fosos, no naturales, sino hechos segun se conocia por la mano del hombre, sin duda para impedir se acercase nadie á aquel lugar misterioso. ¿Seria este el retiro de los malhechores que habían atacado á la princesa, y seria permitido á Gustavo arrancarla de sus manos espoñiendo su vida? ¡Ay! ¡Hasta esta vaga y triste esperanza quizá por sí misma iba á desvanecerse! El camino parecia cada vez mas largo. Los obstáculos que al paso encontraba eran incontinenti salvados por el vigoroso caballo que montaba, y á fuerza de trabajo, llegó á una gran pradera, en medio de la cual se elevaba el soberbio edificio que tan de lejos había distinguido. Todo parecia herméticamente cerrado en esta especie de fortaleza á cuya estremidad había un esquilon.

Difícilmente se daba cuenta Gustavo de los medios que necesitaría emplear para entrar en él, porque no descubría puerta alguna; y ya se disponía á buscarla, cuando oyó un doloroso relincho. Burder, enderezando sus orejas, respondió á él dirigiéndose al sitio de que había salido; y entonces se presentó á los aterrados ojos del conde un cuadro desgarrador. La desgraciada Sofia, con los cabellos en desorden y anegada en sangre, yacía tendida debajo de su caballo. Uno de sus piés, aun en el estribo, daba á entender que había sido arrastrada á través de la maleza del bosque, y que su caballo se había detenido solo falto de fuerzas.

Gustavo, gritando desesperadamente, se lanzó á socorrer á la princesa, cuya jaca tenía una pierna metida en un cepo para cazar lobos en que sin duda había caído.

Rimberg tomó á Sofia en sus brazos: la inundó el rostro de lágrimas; pidió socorro: invocó la caridad de Dios... nadie respondía... ¡y él creía estrechar una muerta contra su seno! La muger que abrazaba era un cadáver helado, que no daba la menor señal de vida. Después de muchos gritos inútiles, golpeó el muro con el pomo de su espada amenazando con la muerte á los que rehusasen abrirle...

El frio mas cruel se dejaba entonces sentir: Rimberg no sabía si sus fricciones y sus auxilios volverían á la princesa la vida; pero le parecía haber sorprendido un ligero latido de su corazón... Aun tenía esperanzas: ¡y nada! ¡ningun socorro humano podía ayudarle á salvarla! Desesperado, y después de arropar á Sofia con su capa, desgajó una rama de un árbol, logrando con ella romper la celosía que cerraba una ventana del edificio: en el mismo instante oyóse el grave y lúgubre son de una campana, y por la abertura que había hecho vió pasar una porción de mugeres vestidas de negro, que corrían espantadas dando muestras del mayor apuro. Un viejo apareció después; Gustavo, lanzándose á la ventana, gritó con desesperación:

—¡En nombre del cielo, quien quiera que seáis, escuchadme! ¡tened piedad de una muger que va á morir! ¡Arrodillado os pido que me ayudeis á salvarla!

CAPITULO XV.

Las religiosas de santa Radegunda.

—¿Qué quieres, precito? le respondió el viejo. ¿Por qué turbas este asi'o de la paz y del reposo? Satélite del tirano, ¿vienes á buscarnos para conducirnos al tormento?

—No comprendo ese lenguaje... solo trato de conmover vuestra alma en favor de una criatura que reclama vuestro apoyo... está herida, espirando...



El ladrón de la corte.

—¿Estás tú solo con ella?
—Sí... mirad; ¿qué podeis temer de los dos?
—Tú lo sabrás, y entonces conocerás si es legítima mi desconfianza.

A una señal que hizo el que acababa de hablar abrióse lentamente una puerta secreta fabricada en el muro, y cuatro mugeres que Gustavo reconoció fácilmente por religiosas católicas, se llevaron á la princesa, mirando á todos lados con inquietud para asegurarse de que no podían ser sorprendidas.

Gustavo las siguió; pero apenas había traspasado el umbral, apoderóse el viejo de él, y después de haberle intimado

que le entregara sus armas, le condujo á la celda que le servía de habitación.

—¿No puedo, le dijo Rimberg, velar por esa jóven que se separa de mí?

—No: la regla de esta santa casa lo prohíbe; pero estad tranquilo, señor, porque todos los socorros que puede ofrecer una caridad bien entendida la serán suministrados. Nada le faltará, y si logramos salvarla, podreis verla cuando ella lo pida.

—¡Oh! ¡mil gracias por vuestra humanidad! A pesar de cuanto sufro, esperaré, tendré valor; pero ¿me quereis explicar la causa del terror que parecía inspiraros mi presencia?



El cochero de cabrió.e.

—Sería asaz larga mi narracion si os lo quisiera explicar con todos sus detalles; pero me ceñiré á las principales causas. Esta oculta mansion, cuyo secreto habeis sorprendido, es un vestigio ignorado de todos de los antiguos conventos católicos de Suecia. Habiendo la fogosa dominacion de Lutero destruido en todo el reino nuestras instituciones religiosas, yo pude lograr, arrojando mil peligros, establecerme con los que me seguian en las ruinas de este convento consagrado en otro tiempo á santa Radegunda, cuyo nombre ha conservado. Soy el antiguo primado de la iglesia de Nikebring, capital de la Sudermania. De resultados de una revolucion que conmovió aquel ducado, fui herido tan gravemente, que en Stokolmo corrió como cierta la noticia de mi muerte; pero Dios no quiso derramar hasta la última gota de la sangre de uno de sus mas fieles servidores, y veló por mi vida, rodeándome de estas santas mugeres que se desvelan por prolongármela para que yo á mi vez las pueda proteger reuniéndolas bajo mi autoridad.

—Padre mio, interrumpió Gustavo, ocupado solo de Sofia, ¿no habeis oido?... Creo que vienen... me llaman...

—No, hijo mio, es vuestra imaginacion la que os habla. Después dijo, tomando de nuevo el hilo de su narracion:

—Para librar á mis pobres ovejas de los carnívoros lobos que las perseguian para abrasarlas con el fuego herético, me retiré con ellas á estos sombríos bosques, buscando como los primeros cristianos el abrigo de una roca donde ocultar nuestra miseria y conservar nuestra fé. Largo tiempo estuvimos condenados á sufrir el hambre, la sed y todos los males á nuestra situacion inherentes; pero la Providencia nos hizo por último descubrir este abandonado convento, de que tomamos posesion, sin que hasta ahora haya nadie sospechado que nos sirve de asilo. Hemos encontrado en el interior de él, hábilmente construido, cuanto puede ser útil á las comodidades de la vida, y un eriado que nunca me abandona, halla medio de proveer mensualmente á nuestras necesidades. Así, bajo estas bóvedas protectoras burlamos el furor del nuevo Calígula, conservando á Dios un templo que no ha sido profanado por los impíos adoradores de Baal.

—Temo, padre mio, que seáis injusto con mi soberano. Esas cuestiones de tanta importancia le han ocupado muy poco hasta el dia, y sería muy posible que vuestra fé perseverante le interesase lo suficiente para merecer su proteccion.

—No lo creais, hijo mio. Las persecuciones del arzobispo de Upsal, ese otro rey de la moderna iglesia, nos alcanzarán hasta en nuestro retiro. Las fanáticas pasiones de Lutero y Melancton inflaman á ese heresiarca de inestingible celo, y furibundo intolerante, sería mas temible que el poder real. Mas os he hablado con el corazón en la mano, debiendo creerlo personaje de la corte á juzgar por vuestro exterior; pero creo asimismo que no tendreis una alma bastante pérfida y despreciable para entregarnos al martirio denunciando nuestra incógnita morada. Hace setenta años que ruego á Dios haga á los hombres mis hermanos felices y virtuosos, y no me atrevo á sospechar que al fin de mi carrera tropiece con uno que entregue mi caduca existencia á la venganza de mis enemigos.

—Me hariais una ofensa, padre mio, si hubiese podido albergarse un solo instante esa sospecha en vuestra imaginacion. Soy soldado, tengo honor, y no sé vender al infeliz... pero perdonad á mi pensamiento, preocupado con los sufrimientos de esa muger que os he confiado...

—Esa muger, ¿es vuestra esposa quizá?
—¿Mi esposa?
—Si no lo fuese, me sería imposible permitir que os comunicárais...
—Eso sí, padre mio.

—Bien. Esperemos las noticias que pronto vendrán á darnos.

Durante este tiempo los mas activos socorros habían sido prodigados á la infeliz Sofia.

En todos los conventos del Norte, y hasta en Spitzberg, segun nos ha contado un explorador de aquellas comarcas glaciales, solian los religiosos rodear sus habitaciones de cañerías de hierro que conducian las aguas siempre hirvientes á los sitios en que las necesitaban. Esta importante invencion tenia además la ventaja de difundir en las celdas un calor dulce, y de hacer la vida en ellas cada dia mas agradable. El convento de Santa Radegunda poseyó tambien este útil artificio así que se establecieron en él las religiosas de Nikebring.

La princesa fué depositada por las monjas en un baño donde podian examinar á sabor sus heridas, que eran muchas y peligrosas, sobre todo las de la cabeza. Su cabellera, enrojecida por la sangre, parecia hallarse atacada de ese horrible mal polaco, conocido con el nombre de *plica* (1); en el pecho tenia hondas heridas en diez sitios diferentes, y todo su cuerpo estaba horriblemente magullado y plagado de contusiones. Todo hacia temer que su vida estaba próxima á extinguirse.

Dos horas permaneció en el baño, pálida como un cadáver y sin hacer el menor movimiento, hasta que las religiosas que la contemplaban con ávida inquietud, creyendo ver latir levemente su pecho al exhalar un suspiro, pusieron en sus labios algunas gotas de un cordial que con dificultad bebió. Pronto sus manos se crisparon fuertemente, y lanzó un grito de dolor... aquella pocion había avivado sus sufrimientos. La hermana Teresina, superiora del convento, juzgó necesario trasladarla al lecho que se la había destinado, lo que en el acto se ejecutó.

Pronunció la princesa, ya en su lecho, algunas palabras ininteligibles, durmiéndose después, pero con sueño febril y agitado, interrumpido solo por desgarradores gritos y una exaltacion que solia terminar con frases terribles, mezcladas de cantos lúgubres.

Nada explicaban aun estos síntomas, aunque las religiosas los creian favorables. La vida le había sido devuelta: á Dios y á los socorros humanos tocaba prolongársela.

Fué la superiora en busca del P. Wilfredo, el prior, y le refirió con todos sus detalles esta resurreccion delante de Gustavo, que, manifestándola en términos vehementes su profunda gratitud, la preguntó si sería necesario recurrir al auxilio de un médico.

—¡Imposible! respondió el prior, ¿no os he dicho que estamos desterrados, y que esta sombría guarida nos oculta á los ojos del universo entero? Me habeis empeñado vuestra palabra de no vender este secreto, y yo la he recibido porque



El ladrón de la corte.

me merecis enterá confianza; pero ¿quién me asegura que otro que no seáis vos cumpliria tambien su juramento?

—Pero, padre mio, ¿no podeis abandonar así la vida de la muger que amo á una milagrosa curacion, á la casualidad.

—Nada temais, señor, dijo la hermana Teresina: tenemos en el convento cuanto puede ser necesario al restablecimiento de la enferma. Nuestra esperiencia os la devolverá, si el cielo lo permite, y puede calmarse un poco vuestra impaciencia.

(Continuad.)

(1) Enfermedad de los cabellos que, enredándose unos con otros, al cortarlos echan sangre.